

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

En plena comedia del desarme

Se ha celebrado en Washington el "día de la armada"; con ese motivo se dieron sendos banquetes, se pronunciaron discursos y se hicieron declaraciones alusivas a la significación de la flota de guerra. El secretario del ministerio de Marina de los Estados Unidos, Mr. Wilbur, dijo en Washington, entre otras cosas:

"Basta recordar nuestro sistema de escolta de los buques mercantes por naves de guerra durante la guerra mundial, para reconocer las relaciones estrechas que existen entre la Armada y la Marina Mercante. El formidable comercio de ultramar de los Estados Unidos, que representa anualmente una suma superior a diez mil millones de dólares, es la base de nuestra prosperidad nacional, y a la luz de este hecho salta a la vista la importancia que tiene la protección de nuestro comercio".

Pero ya hemos dicho en varias ocasiones que la política general y la vida norteamericana no es un fruto exclusivo de los grandes industriales y de los políticos de profesión, sino que el propio mundo del trabajo coopera a ellas en un grado mayor o menor. El otro día, el presidente de la American Federation of Labor, Mr. Green, al ponerse en los astilleros de Brooklyn el primer remache al crucero Pensacola, dijo que la Federación por él representada estaba en favor de una armada poderosa como medio de fomentar la paz universal y que apoyaba la defensa nacional de la Unión.

La ceremonia de la colocación del primer remache a dicho crucero fué parte del programa de la celebración del "día de la armada", y Mr. Green, dijo

"Se acusa a la Federación Norteamericana del Trabajo de ser pacifista y de oponerse a la defensa nacional. Nada podría ser más incierto. Deseamos la paz, pero nos damos cuenta de que los pueblos del mundo deben pensar en la paz en lugar de hablar de ella. Debemos prestarnos a una inteligencia basada sobre el sentido común que fomente la buena voluntad entre las naciones."

Por lo menos la franqueza honra al presidente de la American Federation of Labor. Habla con más claridad que los comediantes de la Liga de las Naciones, que están discutiendo en una conferencia preparatoria del "desarme", que se celebra en Ginebra, sobre cosas que ninguno de los diez y siete países representados piensa realizar. Sin embargo, nueve de ellos, es decir, Italia, Argentina, Japón, Francia, Rumania, Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia firmaron una declaración oponiéndose a la limitación de las existencias actuales de material bélico, de las fuerzas aéreas y de las reservas disciplinadas de los ejércitos, de

las armadas y de las flotas comerciales. Contra esa actitud están Inglaterra, Alemania, Holanda, Finlandia, Suecia, Chile, España y Estados Unidos.

¿Cómo se armonizará, por ejemplo, la fiebre armamentista de los Estados Unidos, de que acabamos de

dar una muestra en las declaraciones del secretario del ministerio de marina de la Unión, con el apoyo de la moción favorable a la limitación de los armamentos en las comedias de Ginebra? Estos son misterios de la diplomacia que nosotros no podemos explicarnos.

ha llegado respecto a barreras de tarifas, licencias especiales y prohibiciones que, desde la terminación de la guerra, estorban al comercio internacional e impiden

"En ningún período de la historia ha que éste se dirija por sus cursos naturales. No ha sido tan necesario como ahora verse libre de tales restricciones para poder capacitar a los comerciantes para que se adapten a las nuevas difíciles condiciones. En ningún período de la historia se han multiplicado tan peligrosamente tantos impedimentos al comercio como ahora, y sin apreciar debidamente las consecuencias económicas envueltas en la cuestión.

"La ruptura de las grandes unidades internacionales de Europa ha constituido un serio golpe para el comercio internacional.

"A través de grandes áreas en las que los habitantes podían antes cambiar libremente sus productos, se han levantado ahora numerosas fronteras, celosamente vigiladas por las barreras de aduanas. Los viejos mercados han desaparecido.

"Se permitió a las animosidades raciales dividir las comunidades cuyos intereses se encontraban inseparablemente vinculados.

"Esa situación no es muy diferente de la que se produciría si la federación de los Estados desatara los vínculos que los unen y se aplicaran a imponer penas y poner obstáculos, en vez de alentar su mutuo comercio.

"Son muy pocos los que durarán, que, bajo tales condiciones, la prosperidad de los países que así procederan declinará rápidamente. Para marcar y defender estas nuevas fronteras de Europa se impusieron licencias, tarifas y prohibiciones, que la experiencia ha demostrado ya

POLITICA FINANCISTA

La idea de Estado frente al individualismo burgués-Naciones políticas y ciudades económicas

El 20 de octubre apareció en la prensa de este país el texto íntegro del manifiesto publicado el día anterior, en Londres y otras capitales de Europa, por una parte de los industriales y banqueros europeos y norteamericanos. Se había anunciado con varios días de anticipación ese documento, en el que se cifraba, al parecer, la esperanza de la tantas veces prometida reconstrucción económica del mundo. Y, sin embargo, con las revelaciones de los economistas partidarios del libre cambio y la competencia en el mercado internacional, muy poco salen ganando los pueblos que sufren de más cerca las consecuencias de la reciente carnicería.

Para el grupo de industriales y banqueros que reivindican la doctrina manchesteriana del libre comercio y las prácticas del liberalismo burgués aplicadas al comercio nacional e internacional, la solución de la guerra de 1914-17 fué un error. Al menos consideran que existen consecuencias fatales para el sistema industrial y financiero creado por el proceso capitalista — y en su interés está no confesar que es ese mismo sistema el que provocó la lucha armada entre las naciones dominadas por la fiebre imperialista —, porque el desplazamiento de las antiguas unidades nacionales, que eran más económicas que políticas, y la creación de nuevos Estados por el método racial e idiomático o por simples tradiciones nacionalistas, plantea serias dificultades al tráfico comercial y reduce las posibilidades de las grandes industrias por la multiplicidad de las barreras aduaneras.

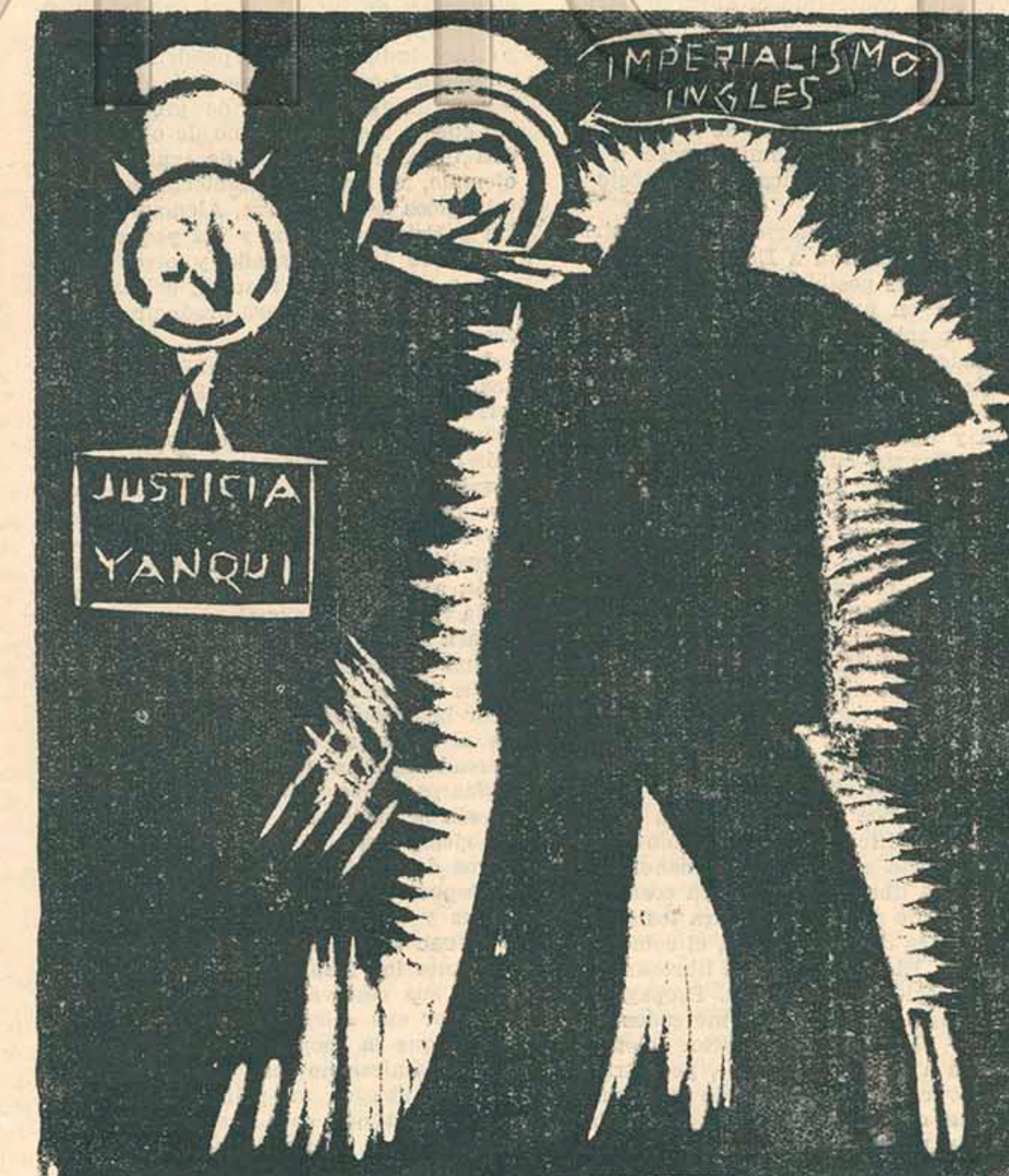
La paz de Versalles exageró la importancia del nacionalismo político, en detrimento de la nación económica. Para asegurarse de un futuro peligro, Francia desmembró a Alemania y a Austria-Hungría, creando varios Estados sucesorios de los dos imperios centrales. Ese desmembramiento encontró un eco muy vivo en el nacionalismo que forma las partículas de todas las unidades políticas; pero la nueva división de Europa dejó descontentos por todas partes. Los pueblos considerados opresores pasaron a ser oprimidos y las pequeñas naciones trataron de crecer a costa de las grandes, no importa que el territorio anexo estuviera poblado por gentes de idioma, raza o religión diferente a la de los conquistadores. Es por esas dificultades políticas que el capitalismo europeo se resiente de su poder. El nacionalismo que atomiza los grandes Estados crea particularidades económicas que no existían antes de la guerra. Los pequeños Estados, celosos de su independencia, tratan de rodearse de toda clase de seguridades y de eludir en lo posible toda relación de dependencia con el extranjero, amigo o enemigo. Sobre bases proteccionistas — tanto las viejas como las nuevas naciones tratan de bastarse a sí mismas — los grupos burgueses nacionales crean limitadas unidades económicas. De ahí, pues, que la

gran industria se resienta de las excesivas restricciones aduaneras y la banca internacional no encuentre una base amplia para los grandes negocios.

Contra el nacionalismo atomista, fomentado por Francia en su deseo de eliminar de la balanza de Europa a los imperios centrales, va dirigida en primer lugar la crítica de la industria y la banca internacionales. Es el tratado de Versalles el gran obstáculo para la reconstrucción europea. Veamos lo que, en el primer capítulo de su manifiesto, dicen los industriales y banqueros internacionales:

"Deseamos, como hombres de negocios, llamar la atención del público hacia ciertas graves e inquietantes condiciones que, a nuestro juicio, están retardando la vuelta a la prosperidad general.

"Es difícil contemplar sin experimentar desaliento, el punto hasta donde se



Dos buenos blancos para aplicar la puntería

bien claramente que, sin excepción, han sido perjudicadas para todos los que por ellas resultaron afectados.

“Un Estado perdió sus aprovisionamientos de alimentos baratos; otro, sus aprovisionamientos de manufacturas baratas. Las industrias han sufrido por la carencia de carbón, y las fábricas por la carencia de materiales.

“Detrás de esas barreras se iniciaron nuevas industrias locales, pero sin un fundamento económico real que quisiera les permitiera vivir frente a la competencia por medio de un levantamiento a mayor altura de esas mismas barreras.

“Las tarifas ferroviarias, dictadas por consideraciones políticas, han hecho más difíciles y más caros los transportes y el tránsito.

“Se han elevado artificialmente los precios y se ha creado una carestía.

“La producción en su conjunto ha disminuido. El crédito se ha contraído y los monetarios se encuentran devaluados.

“Muchos Estados, por sus falsos ideales de interés nacional, han puesto en peligro su propio bienestar y han perdido de vista los intereses comunes del mundo, basando sus relaciones comerciales sobre la locura económica, que consiste en tratar todo comercio como una forma de guerra.

“No podrá haber un restablecimiento de Europa hasta que los políticos de todos los territorios, viejos y nuevos, comprendan que el comercio no es una guerra, sino un proceso de cambio: que en la paz, nuestros vecinos son nuestros parroquianos; que la prosperidad de éstos es la condición de nuestro propio bienestar.

“Si ponemos obstáculos a sus transacciones, a su capacidad de pagar sus deudas, disminuirá correlativamente su poder de adquirir nuestras mercaderías. Las restricciones de las importaciones, implica la restricción de las exportaciones, y ninguna nación puede exponerse a perder su comercio de exportación.

“Dependientes como somos de las importaciones y exportaciones de acuerdo con los procesos de cambio internacional, no podemos contemplar sin seria inquietud una política que significa el empobrecimiento de Europa.”

Los hombres de negocios hacen la crítica a los políticos. En la solución de la guerra se tuvieron en cuenta intereses nacionales, prejuicios de raza, viejos odios y rivalidades recientes. El tratado de Versalles contempló el absurdo nacionalista, la exageración racial disfrazada con redentorismos regionales, desequilibrando a Europa al destruir dos de sus principales unidades económicas. ¿No es la misma Francia la que se resiente de ese desequilibrio económico, pese a su actual seguridad política con respecto a Alemania?

Son los Estados sucesores de Austria los que balcanizaron a Europa. Económicamente no es posible reanudar el ritmo capitalista en un continente expuesto a continuos sobresaltos por las crecientes rivalidades nacionalistas. Las grandes unidades económicas mantenían el equilibrio entre las nacionalidades amalgamadas y ligaban entre sí a los pueblos de más diversa cultura. Ese vínculo de relaciones se ha debilitado con la creación de pequeños Estados, expuestos a caer en el círculo de influencia de esta o aquella potencia imperialista, pero pre-dispuestos a concentrarse en sí mismos y a cerrar sus fronteras al tráfico internacional.

El proteccionismo se aplica como recurso para mantener en pie industrias nacionales sin capacidad para competir en el mercado de la producción y el consumo. Y, claro está, contra esa especie de nacionalismo económico, luchan la industria y la banca internacionales, propiciando la política del librecomercio y de la competencia sin barreras aduaneras.

No es ese librecomercio otra cosa que un recurso de dominación para los grandes tiribones de la industria, el comercio y la banca. El capitalismo es librecomercio y proteccionista a la vez. Propaga la libre competencia en los mercados de afuera — siempre que no sean colonias sometidas a su influencia —, pero trata de asegurarse el monopolio de las industrias y del comercio nacionales o coloniales con la protección del Estado. De ahí que el manifiesto de los hombres de negocios de Europa y Estados Unidos, aunque teorice sobre una doctrina económica,

esté muy lejos de servir de base a nuevas orientaciones de la economía mundial.

La segunda parte del documento que comentamos ofrece un aspecto más optimista. He aquí las posibilidades que, en la paulatina modificación del panorama político de Europa, descubren los dirigentes de la industria y de la banca internacionales:

“Por fortuna, hay síntomas de que todos los países se están dando cuenta, por fin, de los peligros que se presentan. “La Cámara Internacional de Comercio de la Liga de las Naciones, ha estado esforzándose por reducir todas las formalidades, prohibiciones y restricciones y por: suprimir las desigualdades de tratamiento en otros asuntos distintos de las tarifas y de las facilidades para el transporte de pasajeros y mercaderías.

“En algunos países se han elevado autorizadas voces pidiendo que se facilite el transporte de pasajeros y mercaderías. En otros, se han elevado otras voces pidiendo la suspensión completa de las tarifas. En otros, finalmente, se ha sugerido la conclusión de convenios comerciales por largos períodos, incorporando, en cada caso, la cláusula de nación más favorecida.

“Algunos Estados han reconocido en recientes tratados la necesidad de liberar al comercio de las restricciones que lo deprimen. La experiencia está enseñando paulatinamente a otros, que la ruptura de las barreras económicas que se han colocado entre ellos, les proporcionará el remedio más seguro contra su estancamiento.

“No nos extenderemos acerca de los valiosos resultados que podrán obtenerse de tal política, sustituyendo la mala voluntad por buena voluntad, el exclusivismo por la cooperación. Pero deseamos dejar constancia de nuestra convicción de que el establecimiento de la libertad económica, es la mejor esperanza que existe para restablecer el comercio y el crédito en el mundo.”

Son los representantes de la gran industria y de la banca los que proclaman la libertad de comercio, el librecomercio y la cooperación. Pero ¿es posible llegar a reconciliar los intereses, no ya de cada grupo nacional de capitalistas, sino que de cada capitalista individualmente? La competencia podría ser un buen recurso si los competidores poseyeran los mismos elementos de lucha: igual capital, iguales máquinas y recursos técnicos, etc. Pero hay industrias que pueden competir porque monopolizan la materia prima, poseen un mejor aparato de producción o les cuesta menos la mano de obra. ¿Pueden llegar a una base de igualdad, por ejemplo, los grandes establecimientos metalúrgicos de Inglaterra, Alemania, Francia y Estados Unidos y las pequeñas fábricas de Italia, España y otros países que, o no tienen la materia prima, o carecen de elementos para producir en gran escala?

La misma situación se produce en todas las industrias y, en general, en el terreno de la economía capitalista. Por eso la teoría del librecomercio, en oposición al proteccionismo nacionalista, no pasará de las teorizaciones económicas. Los que abogan por la libertad de comercio reclamarán barreras aduaneras para impedir la concurrencia extranjera y exigirán a los políticos leyes proteccionistas de la industria nacional.

Para los grandes industriales y banqueros no son necesarias las barreras aduaneras. Tienen suficiente capital para acelerar la producción y llevar la competencia al exterior, conservando íntegro el mercado interno y el de las colonias. Pero las pequeñas industrias no podrán vivir sin la protección del Estado y buscarán siempre un apoyo en los recursos políticos del nacionalismo.

Después del manifiesto de los industriales y banqueros no cambiará mucho la situación económica de Europa. Por lo pronto los franceses e italianos expusieron sus reservas al plan general trazado por sus colegas mayores, comprendiendo que la cooperación de las unidades económicas no será posible mientras no se establezca un principio de igualdad... cosa que está precisamente contra la esencia del capitalismo, que es ante todo individualista.

E. LOPEZ ARANGO

D. A. DE SANTILLAN

LOS CAMINOS DE LA REVOLUCION

Sobre la imagen de las revoluciones políticas que se liquidan con un simple cambio de gobierno, y para las cuales no se necesitan más factores que un caudillo y un rebaño, muchos anarquistas se han formado una noción catastrófica de la transformación social. Para ellos se hará todo el día que la fuerza esté de nuestra parte; en espera de eso, es decir: en espera de disponer de la fuerza, tenemos así un pretexto cómodo y fácil para no realizar lo que está en nuestras posibilidades. Por dar caza a la bandada que vuela y se vuelve cada día más inaccesible, despreciamos el pájaro que está en la mano.

Si se tratase de una revolución política, tal vez el razonamiento fuera apropiado y justo. Teniendo la perspectiva del todo para un plazo relativamente corto, sería un error táctico hacer concesiones al enemigo al aceptar una parte. También se explicaría esa actitud si pudiésemos abrigar un átomo de fe en la ideología marxista, según la cual el materialismo histórico tiene sus leyes fatales, y esas leyes nos llevan, queramos o no, a la revolución. Pero nuestra transformación de la sociedad no es un cambio de gobernantes, sino una supresión del poder político como tal; no quiere un cambio de los personajes del Estado, sino la supresión del Estado, la abolición de los privilegios de clase, la transformación de las condiciones económicas; en una palabra: nuestra revolución supone la creación de una nueva mentalidad en los hombres para una vida libre, sin leyes ni autoridades.

Para esa revolución, desgraciadamente, la violencia será también necesaria; pero la violencia, si es eficaz en la destrucción de un mundo, no crea, no vale para instaurar un mundo nuevo. La sociedad que nosotros queremos construir sobre las ruinas del capitalismo, será un fruto del esfuerzo consciente, del amor y de la solidaridad, no del odio, de la violencia y de la guerra fratricida. Emplearemos la violencia para destruir las bastillas del privilegio político y económico, para hacer frente a los enemigos de la revolución, pero la sociedad nueva surgirá del amor, de la libre iniciativa, de la voluntad y del deseo de los hombres.

Ahora bien, sin negar aquel concepto de revolución general en un país o en un grupo de países, sin menoscabar el valor de esas grandes conmociones revolucionarias, que requieren ciertas condiciones históricas primordiales, nos parece que nada perderíamos con ir construyendo al margen de la ley y de la mentalidad capitalista y estatista, instituciones y concentraciones de fuerzas — morales, de propaganda, económicas, etc. — que al mismo tiempo que de ensayo y de campo de experimentación, servirían para crear resistencias efectivas e intereses en torno a la corriente social propiciada por el anarquismo.

Algunas veces se nos objeta que el socialismo legalitario ha procedido así y el proletariado y la revolución no ganaron nada. Exactamente. Pero el socialismo legalitario no ha querido un solo momento levantar esas instituciones como baluartes contra el estatismo y el capitalismo; desde hace cincuenta años los anarquistas hemos señalado la reacción en el marxismo, no porque atendiese más a la parte práctica y al acomodo económico que a los ideales de la revolución, sino porque en ellos la revolución no era más que una palabra vacía, sin ningún contenido real. El socialismo marxista, que en países como en Bélgica, en Alemania, Esados Unidos, representa grandes potencias económicas y aparatos de

propaganda y de elecciones que compiten con los de los partidos burgueses más fuertes, no ha claudicado en realidad; ha conservado siempre la misma línea de conducta, y en su propaganda apenas se encuentra, por azar, alguna indicación referente a la desaparición del Estado. Ni siquiera las épocas de radicalismo verbal nos pueden inducir a error sobre el carácter fundamental del marxismo. El marxismo no es revolucionario; no lo es hoy, que representa una potencia política y económica en casi todos los países, ni lo era ayer, cuando aspiraba a ser lo que es hoy.

No, el ejemplo del marxismo no puede, pues, sostenerse como argumento contra nuestros pensamientos relativos a dotar al anarquismo de instituciones sociales, económicas, culturales, revolucionarias etcétera., cada vez más numerosas y sólidas. Incluso en el régimen político más extremo queda aún cierto margen y cierta posibilidad de establecer un radio de acción relativamente autónomo. Es verdad que se encuentran obstáculos molestos, dificultades y barreras disgustantes; diariamente tenemos que humillarnos a ciertas minucias legales, sin cuyo reconocimiento nos sería imposible la vida; tenemos que pagar el alquiler de la casa, inscribir a los hijos en el registro civil del Estado y otras muchas cosas que, por nuestro gusto, no haríamos. Pero se puede cumplir con esos requisitos y conservar nuestra integridad de enemigos del Estado, esforzándonos por distanciar todo lo posible nuestra vida, de las reglamentaciones y prescripciones legales, cuando éstas significan para nosotros un obstáculo al libre desenvolvimiento de nuestra personalidad.

Es muy útil la lucha contra el Estado, contra la ley, contra la autoridad, pero no hay que olvidar que el desconocimiento de la autoridad, de la ley, del Estado, lleva también a la elaboración de una mentalidad libertaria. Y lo que nos importa hacer resaltar es que no estamos decepcionados de lo que hacemos, que nuestra propaganda actual y nuestras organizaciones obreras nos parecen necesarias y, sin duda alguna, fundamentales, pues sin lo que tenemos, sin nuestra prensa, sin nuestros sindicatos, todo lo demás carecería de verdadera eficacia. No pretendemos, pues, suprimir nada, sino crear nuevas posibilidades de complementación y de ampliación del esfuerzo anarquista. Esto debe ser tenido en cuenta al considerar los puntos de vista que presentamos. No es un cambio de frente sino la multiplicación de los frentes de batalla al viejo mundo, lo que propiciamos.

Cuando vemos la magnitud de los recursos de la reacción para predisponer la mentalidad a la sumisión y a la obediencia, y para desviar el pensamiento humano de los problemas serios y de interés social como conceitadores de energías renovadoras; cuando vemos eso y lo comparamos con lo que nosotros hacemos, la desproporción nos amarga y nos incita a avanzar por nuevos caminos, a buscar nuevos medios para superar esta impotencia en que vivimos.

No podemos contemplar pasivamente la situación internacional de las fuerzas del anarquismo. Viendo que las perspectivas son tan obscuras, que las probabilidades de retroceder son mayores que las de avanzar; comprendiendo que la historia se hace por la voluntad de los más fuertes y que el fatalismo, si puede servir de consuelo a los débiles, es científicamente inadmisiblemente, desearíamos que nuestro movimiento hiciera un poco más, que se manifestase con más facetas de atrac-

EMMA GOLDMAN

LA PROSTITUCION

Nuestros reformistas hicieron de repente un gran descubrimiento: la trata de blancas. Los diarios se llenaron de exclamaciones y hablaron de cosas nunca vistas e increíbles, y los fabricantes de leyes se prepararon para proyectar un haz de leyes nuevas a fin de contrarrestar esos horrores.

Es altamente significativo este hecho: toda vez que a la pública opinión se le presenta, como si fuera una distracción más, unos de estos males sociales, enseñada se inaugura una cruzada contra la inmoralidad, contra el juego de azar, las salas de bailes, etc. ¿Y cuáles son los resultados de semejantes campañas aparentemente moralizadoras? El juego aumentaba cada vez más, las salas funcionaban claudicadamente a la luz del día, la prostitución se encuentra siempre al mismo nivel y el sistema de vida de los proxenetas y sus similares un poco más y se vuelve un poco más precario.

¿Cómo puede ser que esta institución, conocida hasta por los niños de teta, haya sido descubierta recientemente? ¿Qué es, después de todo, este gran mal social, — reconocido por todos los sociólogos — para que dé lugar a tanto ruido y a tanta alharaca la publicación de todas esas informaciones?

Resumiendo las recientes investigaciones sobre la trata de blancas — por lo pronto muy superficiales — nada de nuevo descubrió. La prostitución ha sido y es una plaga sumamente extendida, y asimismo la humanidad continuó hasta ahora imbuida en sus asuntos, indiferente a los sufrimientos y a la desventura de las víctimas de ese tráfico infame; tan indiferente como lo fué ante nuestro sistema industrial, o ante la prostitución económica.

Solamente cuando el humano dolor se convierte en una diversión, en una especie de juguete de brillantes colores, el niño que es el pueblo se interesa por él, si quiera un tiempo determinado; el pueblo es un niño de carácter veleidoso; todos los días quiere un juguete nuevo. Y el desafortado grito contra la trata de blancas, es precisamente eso. Le servirá para divertirse durante un tiempo y también dará lugar a que se instituya una serie de puestos públicos, — unos cuantos parásitos más, que se pasearán por ahí, como detectives, inspectores, miembros investigadores, etc.

¿Cuál es la verdadera causa que origina el tráfico de la mujer, no solamente de la blanca, sino de la negra y la amarilla? Naturalmente es la explotación, que engorda el fatídico Moloch del capitalismo con una labor pagada a un míserimo

ción y más focos de energía a la consideración del mundo.

La anarquía debe convertirse en el polo de concentración de los amigos de la libertad y de la justicia; hay que hacer por que así sea, por demostrar que en ella caben todas las buenas voluntades, todos los aspirantes a una humanidad libre y dichosa.

Sería hermoso ver junto al esfuerzo de nuestra propaganda escrita, cada vez más amplia y atractiva, un movimiento obrero combativo, una tendencia intelectual y artística libertarias, ensayos de experimentación económica y de vida social en la libertad y el apoyo mutuo.

Los caminos que llevan a la revolución social son muchos; ¿por qué hemos de concretarnos a trillar sólo algunos de ellos y a no ensayar el avance por todos los posibles? La vida es un foco de energías, que se agotan mucho más cuando se emplean unilateralmente o cuando no se emplean cuando se gastan en una acción múltiple y fecunda. En el fondo de nuestro ser sentimos que nos quedan fuerzas para hacer más, mucho más, por la revolución justiciera y libertaria, de lo que hacemos actualmente.

precio, lo que empuja a miles de jóvenes mujeres, muchachas y niñas de poca edad hacia el pozo sin fondo del comercio del lenocinio. Es que todas ellas sienten y opinan como la Sra. Warren: ¿para qué agotar la existencia por la paga de algunos chelines semanales en un obrador de modista, etc., durante diez, once, doce horas por día?

Es lógico esperar que nuestros reformistas no dirán nada acerca de esta causa fundamental. Comprenden demasiado que sus verdades que rinden poco, es más provechoso desempeñar el papel del fariseo, esgrimir el pretexto de la moral ultrajada, que descender al fondo de las cosas.

Sin embargo, hay una recomendable excepción entre los jóvenes escritores: Reginald Wright Kniffmng, cuyo trabajo "The House of Bondage" es uno de los primeros y serios esfuerzos para estudiar este mal social, — no desde el punto de vista sentimental del filisteísmo burgués. Periodista de vasta experiencia, demuestra que nuestro sistema industrial no ofrece a muchas mujeres otras alternativas que las de la prostitución. La heroína femenina que se retrata en The House of Bondage, pertenece a la clase trabajadora. Si el autor hubiese pintado la vida de una mujer de otra esfera, se habría hallado con idéntico asunto y estado de cosas.

En ninguna parte se trata a la mujer de acuerdo al mérito de su trabajo; por eso, ese procedimiento es todavía más flagrantemente injusto. Es imperiosamente inevitable que pague su derecho a existir, a ocupar una posición cualquiera mediante el favor sexual. No es más que una cuestión de gradaciones que se vendá a un hombre, casándose, o a varios. Que nuestros reformistas lo admitan o no, la inferioridad social y económica de la mujer, es directamente responsable de su prostitución.

Justamente en estos días la buena gente se asombró de ciertas informaciones, donde se demostraba que solamente en Nueva York, de diez mujeres que trabajaban en las fábricas, nueve percibían un salario de seis dólares semanales por 48 horas de trabajo, y la mayoría de ellas debían afrontar varios meses de desocupación; lo que en total representaba una suma anual de 280 dólares. Ante estas horribles condiciones económicas, ¿hay motivo de asombro al constatar que la prostitución y la trata de blancas se hayan convertido en un factor tan predominante?

Si las precedentes cifras pueden ser consideradas exageradas, no estará de más escuchar lo que opinan algunas autoridades en materia de prostitución:

"Las múltiples causas de la creciente depravación de la mujer se hallan en los cuadros estadísticos, indicando la trayectoria de los empleos ocupados, sus remuneraciones antes de que se produjera su caída; entonces se dará la oportunidad para que el economista político decida si la mera consideración de los negocios es una suficiente disculpa para el patrono que disminuye el nivel general de los jornales obreros o si bien aumentándolos en un pequeño porcentaje, los contrabalancea, por la enorme suma de tasas y exacciones impuestas al público sobre los gastos que éste hace al adentrarse — para su satisfacción — en la vasta maquinación de los vicios, la cual es un resultado directo, la mayoría de las veces, de una insuficiente retribución del trabajo honesto". (Dr. Sanger. "La Historia de la Prostitución").

Nuestros actuales reformistas podrían muy bien enterarse del libro del Dr. Sanger. Entre 2,000 casos observados por él, son raros los que proceden de la clase media, de un hogar en prósperas condiciones. La gran mayoría salen de las clases humildes y son, por lo general, muchachas y mujeres trabajadoras; algunas caen en la prostitución a causa de necesidades apremiantes; otras debido a una existencia cruel de continuo sufrimiento en el seno de su familia, y otras debido

a deformaciones físicas y morales (de las que hablaré después). También para edificación de puritanos y de moralistas, había entre esos dos mil casos, cuatrocientas mujeres casadas que vivían con sus maridos (1). ¿Es evidente que no existía mucha garantía de la pureza de ellas en la cantidad del matrimonio!

El Dr. Blaschko, en Prostitution in the Nineteenth Century, hace resaltar más aún que las condiciones económicas son los más poderosos factores de la prostitución.

"Aunque la prostitución existió en todas las edades, es el siglo XIX el que mantiene la prerrogativa de haberla desarrollado en una gigantesca institución social. El desenvolvimiento de esta industria con la vasta masa de personas que compiten mutuamente en este mercado de compra y venta, la creciente congestión de las grandes ciudades, la inseguridad de encontrar trabajo, dió un impulso a la prostitución que nunca pudo ser soñado siquiera en período alguno de la historia humana".

Otra vez Havelock Ellis, aunque no se incline absolutamente hacia las causas económicas, se halla empero obligado a admitir que directa o indirectamente estas vienen a ser uno de los tantos motivos, y de los principales. Encuentra, pues, que un gran porcentaje de prostitutas se reclutan entre las sirvientas, — no obstante sufrir menos necesidades. Pero el autor no niega que la diaria rutina, la monotonía de sus existencias de servidumbre, sin poder compartir nunca las alegrías de un hogar propio, sea también causa preponderante que las obliga a buscar el recreo y el olvido en la vida de los ficticios placeres de la prostitución. En otras palabras, la muchacha que es sirvienta no posee nunca el derecho de pertenecerse a sí misma; maltratada y fatigada por los caprichos de su ama, no puede encontrar otro desahogo que el de prostituirse un día u otro, lo mismo que la muchacha de la fábrica y de la tienda.

La faz más divertida de esta cuestión que acaba de hacerse pública, es la superabundante indignación de nuestras buenas y respetables personas, y especialmente de algunos caballeros cristianos, quienes siempre encabezan esta suerte de cruzadas y también otras que surjan de cualquier parte o por cualquier motivo. ¿Es que ellos ignoran completamente la historia de las religiones y particularmente de la cristiana? ¿Por qué razones deberían gritar contra la infortunada víctima de hoy, desde que es conocido por los estudiosos de alguna inteligencia que el origen de la prostitución es, precisamente, religioso, lo que la mantuvo y la desarrolló por varios siglos, no como una vergüenza, sino como digna de ser coronada por el mismo dios?

"Parece que el origen de la prostitución se remonta a ciertas costumbres religiosas, siendo la religión la gran conservadora de las tradiciones sociales, la preservó en forma de libertad necesaria y poco a poco pasó a la vida de las sociedades. Uno de los ejemplos típicos lo recuerda Herodoto; quinientos años antes de Cristo, en el templo Mylitta, consagrada a la Venus babilónica, se establecía que toda mujer que llegase a edad adulta había de entregarse al primer extranjero que le arrojarase un cobre en la falda como signo de adoración a la diosa. Las mismas costumbres existían en el oriente de Asia, en el norte de Africa, en Chipre, en las islas del Mediterráneo, y también en Grecia, donde el templo de Afroditá en Corinto poseía más de mil sacerdotisas dedicadas a su servicio.

El hecho que la prostitución religiosa se convirtiese en ley general, apoyada en la creencia que la actividad genésica de los seres humanos poseía una misteriosa y sagrada influencia para promover la fertilidad de la naturaleza, es sostenido por todos los escritores de reconocida autoridad en la materia. Gradualmente y cuando la prostitución llegó a ser una institución organizada bajo la influencia del clero, se desarrolló entonces en sen-

tido utilitario, coadyuvando así a las rentas públicas.

El Cristianismo, al escalar el poder político cambió poco semejante estado de cosas de la prostitución. Los meretrices bajo la protección de las municipalidades se encontraban ya en el siglo XIII. Los principales jefes de la Iglesia los toleraron. Constituían esas casas de lenocinio una especie de servicio público, cuyos dirigentes eran considerados como empleados públicos". (Havelock Ellis, Sex and Society).

A todo esto débese agregar lo que escribió el Dr. Sanger en su libro citado anteriormente:

"El papa Clemente II, dió a la publicidad una bula diciendo que se debía tolerar a las prostitutas, porque pagaban cierto porcentaje de sus ganancias a la Iglesia.

El papa Sixto IV fué más práctico; por un solo meretricio que él mismo mandó construir, recibía una entrada de 20,000 ducados".

En los tiempos modernos la Iglesia se cuida más, respecto a este asunto. Por lo menos abiertamente no fomenta el comercio del lenocinio. Encuentra mucho más provechoso constituirse en un poder casi estatal, por ejemplo la Iglesia de la Santísima Trinidad, y alquilar a precios exorbitantes las reliquias de un muerto a los que viven de la prostitución.

Aunque desearía mucho extenderme sobre la prostitución de Egipto, de Grecia, de Roma y de la que existió durante la edad media, el espacio no me lo permite. Las condiciones de este último período son particularmente interesantes, ya que el lenocinio se organizó en guilds — asociaciones gremiales — presidido por el rey de un meretricio. Estas corporaciones empleaban la huega como medio de mantener inalterable sus precios. Por cierto es algo mucho más práctico que el usado por los explotadores modernos de esa mismo tráfico.

Pero sería demasiado parcial y superficial por nuestra parte, sostener que el factor económico es la única causa de la prostitución. Hay otros no menos importantes y vitales. Los mismos reformistas los reconocen, mas no se atreven a discutirlos, ni hacerlos públicos, y menos a mentar: esa cuestión, que es la savia de la verdadera vida del hombre y de la mujer. Me refiero al tema sexual, cuya sola mención produce ataques espasmódicos en la mayoría de las personas.

Se concede que una mujer es criada más para la función sexual que para otra cosa; no obstante se la mantiene en la más absoluta ignorancia sobre su preponderante importancia. Cualquier cosa que ataña a este asunto se le suprime con aspavento, y la persona que intentara llevar la luz a estas espesas tinieblas, sería procesada y arrojada a la cárcel. Sin embargo, sigue siendo incontrvertible que mientras se continúe en la creencia que una joven no debe aprender a cuidarse a sí misma, ni debe saber nada acerca de la más importante función de su vida, no tiene que sorprenderse que llegue a ser fácil presa de la prostitución, o de otra forma de relaciones, que la reducen a convertirse en un mero instrumento sexual.

A esta criminal ignorancia se debe que la entera existencia de una joven resulte deformada y estropeada. Desde hace tiempo la gente se halla convencida que un muchacho, en su adolescencia, sólo responde al llamado de su naturaleza; es decir, tan pronto como despierta a la vida sexual puede satisfacerla; pero nuestros moralistas se escandalizarían al sólo pensar que una muchacha de esa edad hiciera lo mismo. Para el moralista la prostitución no consiste tanto en el hecho que una mujer venda su cuerpo, sino en que lo venda al margen del hogar y sagrada influencia para promover la fertilidad de la naturaleza, es sostenido por todos los escritores de reconocida autoridad en la materia. Gradualmente y cuando la prostitución llegó a ser una institución organizada bajo la influencia del clero, se desarrolló entonces en sen-

(1) Es un hecho muy significativo que el libro del Dr. Sanger haya sido excluido de todas las oficinas de correos de Estados Unidos. Es evidente que las autoridades no ansían que el público se informe de las verdaderas causas de la prostitución.

(Banger, *Criminalité et Condition Economique*).

En efecto, Banger va más allá; sostiene que el acto de prostituirse "es intrínsecamente igual para el hombre y la mujer que contrae matrimonio por razones económicas".

Naturalmente, el matrimonio es el único fin a que tienden todas las jóvenes, pero a miles de muchachas, cuando no pueden casarse, nuestro convencionalismo social las condena al celibato o a la prostitución. Y la naturaleza humana afirma siempre su improrrogable derecho, sin cuidarse de las leyes; ya que no existen razones plausibles para que esa naturaleza se adapte a una perversa concepción de moralidad.

Generalmente la sociedad considera el proceso sexual del hombre como un atributo de su propio desarrollo viril; entre tanto, lo que idénticamente se realiza en la vida de la mujer es mirado como una de las más terribles calamidades: la pérdida del honor, y todo lo que es bueno y noble en la criatura humana. Esta doble modalidad moral tuvo no poca participación en la creación y perpetuación de la prostitución. Ello entraña mantener a la juventud femenina en una absoluta ignorancia de la cuestión sexual, con el pretexto de la *inocencia*, junto con una presión anormal de los deseos genésicos, lo que contribuye a originar morbosos estados de ánimo, que nuestros puritanos particularmente ansían evitar y prevenir.

Tampoco la venta de los favores sexuales ha de conducir necesariamente a la prostitución; es más bien responsable la cruel, despiadada, criminal persecución llevada a cabo por los poderosos contra la masa de los vencidos; los primeros tienen aún el estímulo de divertirse a costa de los últimos.

(Concluirá)

REFLEXIONES

¡Cuántas veces, al recordar aquella época, he pensado en este tópico que tanto se repite: la influencia del cristianismo en la dulzura de costumbres y en la civilización!

Los mismos escritores *impíos* y *racionalistas* aseguran que el cristianismo hace a los hombres más dulces y suaves. ¿En dónde? ¿Cuándo?

Si al cabo de diez y nueve siglos de predicación apostólica nos seguimos acuchillando unos a otros sin piedad, ¿cómo se conoce la eficacia del cristianismo?

Los que hemos visto tantos hombres con las tripas al aire, con los sesos fuera; los que hemos presenciado casi diariamente el espectáculo de ahorcar, fusilar, acuchillar, abrir en canal, presidiado por gente católica y rezadora; los que hemos conocido a curas de tabuco que sabían enarbolarse mejor: el puñal que la cruz; los que hemos encontrado las sacristías convertidas en focos de conspiración, y los conventos preparados como cuarteles, no podemos menos de reírnos un poco de la eficacia de la religión.

Los eclécticos nos dirán: Es que estos son los malos curas. Yo les contestaría que ni aun los buenos han sabido dar lecciones de humanidad y de bondad. En cualquier parte se oyen predicadores que nos quieren demostrar que una pequeña manifestación de sensualidad merece el infierno. El hombre que mira a una mujer con amor, que la besa o la abraza; la mujer que se adorna o cubre sus mejillas con un poco de blanco o rojo para parecer más bonita, comete un pecado horrendo; en cambio, ese caballito carlista que se dedica a fusilar, a degollar, a incendiar pueblos, ésé es un bendito que trabaja por la mayor gloria de Dios.

¡Qué estupidez! ¡Qué salvajismo! Si al menos los sacerdotes de todas las sectas cristianas hubieran tenido la precaución de asegurar que uno de los mandamientos de la ley de Dios es NO MATARAS... EN TIEMPO DE PAZ, y no NO MATARAS sólo, estarían en su terreno bendiciendo espadas, fusiles, banderitas y cañones; pero esos libros santos son tan incompletos, que han hecho que los que creen en ellos tengan que dividirse el mandamiento NO MATARAS en dos secciones: la de la paz y la de la guerra.

Cuando se depende del ministerio de la paz, matar es un crimen; en cambio, si se depende del ministerio de la guerra, matar es una virtud. En el primer caso, matando se merecen el garrote; en el segundo, el TEDEUM.

Alguno dirá que esto es difícil de entender y absurdo; pero otros absurdos más difíciles de entender hay en nuestra religión, y, sin embargo, los creemos.

PIO BAROJA.
("El escuadrón del Brigante").

ARMANDO ENEAS

ENVIDIA

Un día, a la hora en que Bernardo Toral (escritor de vigoroso y sorprendente talento, autor de cuentos y novelas que apenas publicados se sumían en el olvido más absoluto) había vuelto de la fábrica en que trabajaba, unos ruidos misteriosos golpearon sobre la puerta de su cuartucho. Al abrir hallóse ante un joven desconocido, de tímido aspecto y rostro huesudo, en el que brillaban dos ojos negros y hundidos bajo un frontal prominente; era alto y aparentaba serlo mucho más a causa de su delgadez excesiva. Saludó, irresoluto, y con una voz sumamente tímida, que parecía iba a romperse en pedacitos como un cristal que cayera al suelo, preguntó por "el señor Bernardo Toral".

—Soy yo... — respondió éste, extrañado.
Los ojos del desconocido se iluminaron, y balbuceó una exclamación torpe y trivial: —¡Oh!... ¿Es usted?...!

Imperó una corta pausa que evidenciaba, de parte del desconocido, gran emoción. Parecía que interiormente luchaba contra dos sentimientos contrarios, bien lo dejaba transparentar su rostro franco e ingenuo: el temor de aparecer ridículo ante Toral, y, por el contrario, el de resultarle demasiado frío, glacial, lo que traicionaría la gran admiración que experimentaba por el artista. Pero este embarazo no fué más que fugaz; porque de improviso toda su timidez se esfumó, y una admiración loca, una fogosidad increíble se reveló en él. Cogió impetuosamente una mano de Toral y la estrechaba con tal fuerza entre sus descarnados dedos, que le causaba daño.

—¡Ah!... ¿Es usted?... ¿Usted es Bernardo Toral?... ¿Bernardo Toral, quien escribió "Andante"...? ¿Usted escribió eso, ha escrito eso usted?...!

Y se introdujo en la habitación, conducido por su entusiasmo, lanzando las exclamaciones idólatras de un creyente en presencia de su Dios. Mezclóse a su ardor un poco de amargura al reparar en la miserable del cuarto, y dijo, como para sí, o cual si continuara la relación de un oculto pensamiento:

—¡Cuánta miseria! Lo mismo que yo. ¡El también vive en la miseria, y seguramente sufre!...

Entonces, ante el gesto interrogante y sorprendido de Toral, se decidió a exponer los motivos de su visita y a justificar su actitud. Se llamaba Alvaro Real y era un oscuro empleadillo; también escribía, pero jamás publicó nada. La única vez que lo intentó, dando a leer uno de sus escritos a un conocido director de revista, tuvo que sufrir la humillación de una sonrisa burlesca, estúpidamente paternal, y un putelante: —"Veja, amigo, esto no vale nada. No tiene usted pasta de escritor"... Después de aquello continuó escribiendo todavía, aunque no creía poseer talento, ni mucho menos, sino porque era una fuerza natural e irresistible la que le impeña a escribir; pero no publicaba sus trabajos... Algunos días antes encontró en una librería de barrio una novela de un autor, cuyo nombre desconocía; era "Andante", de Bernardo Toral. La compró, por pura curiosidad, nada más, sin saber que llevaba — así confesábalo con candorosa vehemencia — "una verdadera, una magistral obra". Por la noche la comenzó a leer... y no la dejó hasta haberla concluido. ¡Oh, qué magnífica revelación! Aquella novela era toda una vida, pero una vida tal cual es, no la que nos for-



jan los novelistas. Real se identificó al instante con el héroe; era un hombre como él, sufría como él, anhelaba como él, quería en idéntica forma que él... ¡Y el ejemplo grandioso y humano que representaba aquella vida!... Inmediatamente formó el proyecto de conocer al autor, al dios creador de aquella obra. Trató de informarse, inquirió, investigó infatigablemente... Ahora se presentaba para testimoniarle toda su inmensa admiración. Quería ser su amigo, amarlo como amó su obra. ¿Verdad que él, Toral, aceptaría ser su amigo? Entre sus respectivos sentimientos existía cierta similitud, una manera de pensar casi idéntica, un mismo concepto generoso de la vida... Los dos se veían solos, apartados por la sociedad, despreciados por los hombres...

Alvaro Real, descubriendo todo esto en el curso de su charla torpe, más poseedora de la fuerza atractiva que dá la sinceridad, sonreía feliz.
Graduante se sorprendió, Toral escuchaba al joven. Sintió pronto gran simpatía por aquel muchacho ingenuo, sincero y amoroso. Lo escuchó pronto con placer, participando, en cierto modo, de la felicidad de Real. Cuando la voz de éste dejó de oír, el silencio que siguió sorprendió a Toral sumido en amables reflexiones. En verdad que ya estimaba a Alvaro Real, era extraño que en tan pocos minutos llegara a apreciarlo así; pero de nuevo oyó que su admirador le hablaba:

—¿Verdad, maestro, que usted consiente en que yo sea su amigo?...!

Estas palabras produjeron impresión en el ánimo de Toral. Aquel joven apasionado y bueno, de quien ignoraba su existencia diez minutos antes, rogábale fuera su amigo. ¡Amigo! Solamente aquel que se haya encontrado siempre solo, que ha sentido necesidad de amar a alguien, que se ha ofrecido con generosidad y ha recibido en cambio maldades y traiciones, puede imaginarse lo que fueron para el artista las palabras de Alvaro Real. ¿Que sí aceptaba ser su amigo? Estrechó la mano que el joven tendía y, contagiado de la fogosidad de éste, barbotó precipitado:

—¡Oh, sí, sí, amigo, sí!...

Una amistad que ascendía a lo sublime se entabló entre Real y Toral. Era un amor sin límites, fraternal, irrompible, al parecer inenfriable, que se consolidaba día a día por íntimas y recíprocas atenciones y sacrificios nimios, pero que entre ambos adquirían proporciones heroicas. Sublimizaban su ideal; y se amaban tan intensamente, estaban tan henchidos de amor, que en momentos expansivos se creían capaces de transformar el mundo, de hacer más buena la sociedad: tan buena, como buenos sentíanse ellos en tales instantes. Toral dió a leer a su amigo todos sus trabajos literarios, cosa que éste hacía con religiosa devoción y comunicaba sus impresiones acompañadas con efusivos apretones de mano e inagotables frases admirativas. Cierta noche dicha amistad se remontó a lo más elevado y palpante del sentimiento: lo pasaron en blanco, leyendo las "Confesiones" de Tolstoy. Juntos, los tres corazones: el del genio de Yasnaya Poliana y el de ambos amigos; se estrecharon en un íntimo abrazo, murmurando el más hermoso canto que se haya entonado en holocausto de la Vida y el Bien. Separá-

ronse de madrugada, enterrecidos aún... Una tarde, Alvaro Real se presentó en la casa de su amigo con un manuscrito. Era una novela que traía para que la leyese y le diera su opinión.

Toral resultó ingratamente sorprendido. Había olvidado ya que también su joven amigo escribía. Esto le disgustó profundamente.

Acostumbróse muy pronto al papel de homenajeado y admirado artista y su conciencia se abandonó en seguida al vértigo peligroso que significa el creerse grande, el de merecer justamente el homenaje y la admiración. De esto a llegar a alentar un simple paso. Es precisamente lo que sucedió a Bernardo Toral, que olfateó un adversario en su amigo, otro escritor que pretendía oscurecer su gloria de artista celebrado. Se indignó. ¡He ahí que su admirador ferviente se erguía ahora en competidor!... Concibió la actitud de Real como vil e insultante, como una traición. Iba ya a tratar duramente al amigo; pero, astuto, optó por acogerlo con falsa afabilidad:

—¿Así que tú has escrito eso?... Está bien, bien... me alegro mucho... ("mentira"), le gritaba su conciencia). Ya veré eso. Espero que será bueno. ("Mentira"), seguía gritando la voz interior). En este momento no puedo leerlo, pues he de marcharme... ("mentira"). Sí, debo marcharme, (buscó un pretexto cualquiera); me esperan para dentro de media hora en la redacción de "El Minuto". Lo leeré esta misma noche, detenidamente para apreciarlo con justicia, y mañana te daré mi opinión. ¿Quieres?...!

—¡Oh, sí! Cuando te parezca. Además, la cosa quizás no valga la pena — respondió Real, que no sospechaba lo que acontecía en el ánimo de su amigo.

Conversaron un rato de cosas indiferentes. Luego Alvaro Real se marchó.

Apenas ido éste, Toral sintió insistentes deseos de leer el manuscrito. Se violentaba por no hacerlo, presa de un malestar perverso y extraño; y el temor de hacer sufrir su ya resentido amor propio. Intentó varias veces dar comienzo a su lectura, debió abandonarla otras tantas porque padecía hondamente, porque un cruel escozor lo hacía desdichado en extremo. La envidia, que es un género de odio que reconoce superioridad en el objeto que la provoca, que con frecuencia adjudica más de la que existe en realidad, haciale creer excelente y superior a sus trabajos el que le había dejado Real, aun antes de leerlo. Cada una de las líneas que leía produciale el efecto de un balazo disparado siempre contra el mismo sitio del pecho, y se hizo tan grande y dolorosa esta herida, tan insostenible semejante tortura, que se vio obligado a apartar de sí el manuscrito.

Pero, no obstante, el deseo de conocer aquello persistía, haciéndose cada vez más apremiante. Toral trató de fijar su pensamiento en cualquier otra cosa, sin conseguirlo; quiso leer y tomó un libro al efecto: no entendió nada y su mente siguió pensando en el perturbador manuscrito; pretendió trabajar y se engorizó frente a un cuento empezado la víspera: en vano, porque un artista solamente logra escribir cuando su alma se encuentra desnuda y abraza un sentimiento noble. Cólerico contra sí mismo, rompió las cartillas, se paseó largo tiempo por su habitación, luchando siempre con el deseo de conocer la novela de su amigo.

Fué entonces cuando su febril cerebro descubrió una solución diabólica, que hizo lanzar un gemido a su sofocada conciencia: leería el escrito para tratar de encontrarle una falta, ¡quizás muchas!, y así justificar a su amor propio y demostrarle que aún continuaba siendo el "artista insuperable, único", como lo había llamado tantas veces aquel "desleal" amigo. Comenzó a leer con atención, leyó capítulo tras capítulo sin hallar faltas importantes; se dedicó a su intento de tal manera, que hasta olvidó de cenar. Cuando hallaba la más pequeña falta, se detenía, la consideraba y discutía con pasión, concluyendo siempre por absolverla. ¡Y todo esto en medio de qué sufrimiento, de qué amargura, de qué angustia! Por fin, desesperado, dejó la novela en mitad de su lectura y salió a la calle.

Quiso aturdirse con los ruidos de la ciudad. Caminó toda la noche, errabundo. Volvió tarde y se acostó, durmiéndose al

instante, rendido por el cansancio y la debilidad...

Por la mañana siguiente se dirigía hacia la fábrica, cuando una voz conocida, hasta pocas horas antes amada y ahora tan odiosa, gritó detrás de él:

—¡Eh!... ¡Bernardo, Bernardo!...

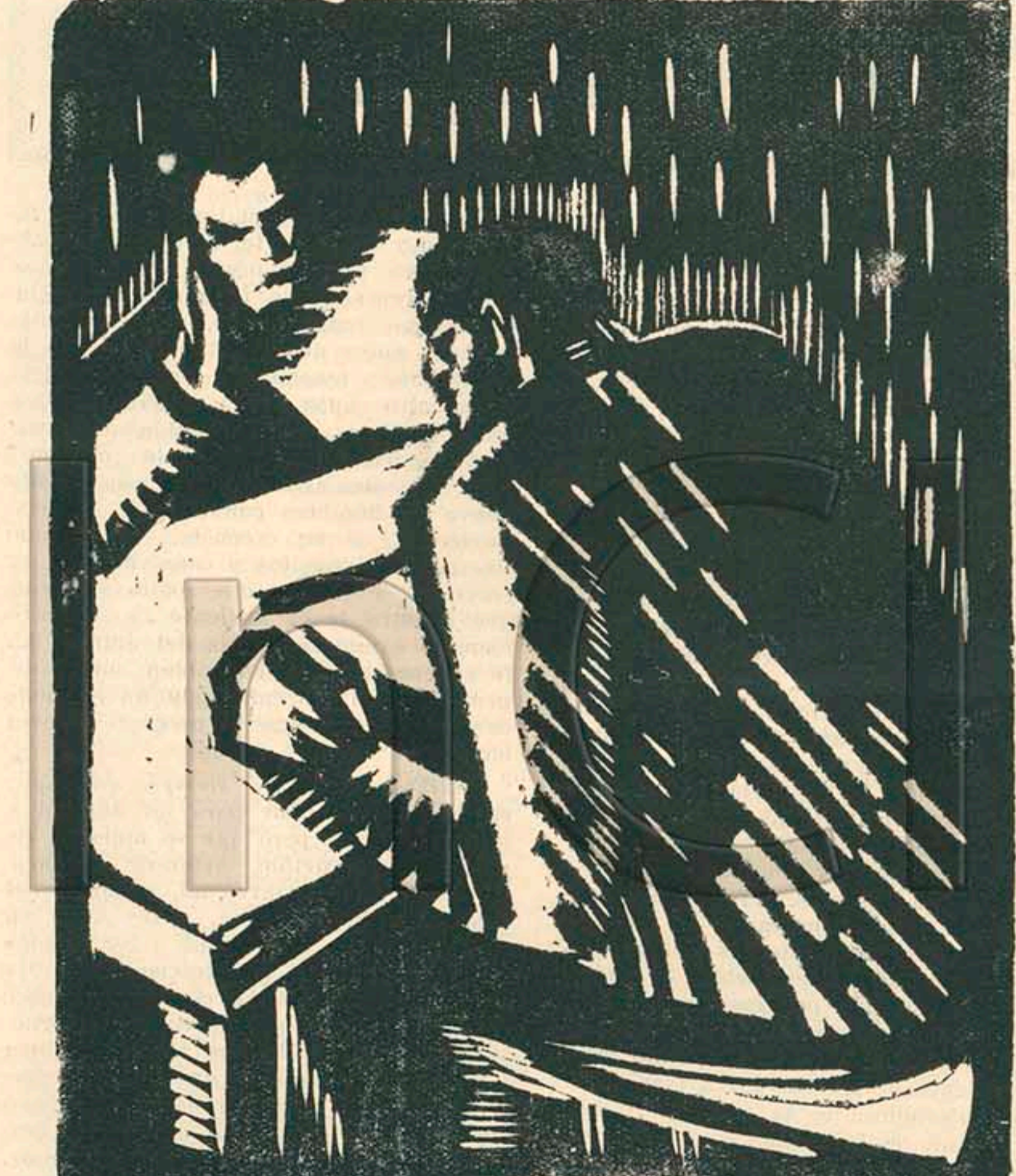
Alvaro Real había pensado atajar a su amigo en aquella hora para inquirirle por la novela.

Toral acogió friamente.
—No tuve tiempo de leerla todavía, estoy muy ocupado — se excusó. — Ven a verme en otro momento.

Y se despidió, fingiendo tener prisa... Al volver, por la tarde, encontró a Real que lo aguardaba en su habitación, y dificultosamente pudo sofocar una interjección desagradable, de tal manera sus nervios se sublevaron.

—Bernardo!... ¿Por qué no lees mi manuscrito, por qué? En verdad que no es gran cosa; ¡pero te costaría tan poco darme tu opinión!... — le suplicó Real.
—Es que no he tenido tiempo, Alvaro — contestó. — No pude...
—Podríamos leerla juntos esta noche. Unas pocas horas bastarán.

Toral palideció, más repuso aún:
—Imposible. Tú sabes que estoy corri-



giendo las pruebas de mi próximo libro; comprenderás...

Ante semejantes razones, Real se avergonzó de su cargo insistir.

—Tienes razón — dijo — perdona mi torpeza. Tengo pretensiones de escritor y por eso me creo obligado a molestiar estúpidamente a un amigo con mis necesidades: léela cuando quieras. Ahora, permíteme ayudarte a corregir esas pruebas de imprenta. Dicho lo cual se sentó a la mesa sobre la cual estaban aquellas.

Toral demostró esa tarde un insuperable humor, veíase claramente que la presencia de su amigo le molestaba. Este se fué, por último, prometiendo volver a la mañana siguiente, que era domingo. Cuando por la mañana volvió, Toral esperaba ya con una cruel respuesta preparada:

—¿Has leído eso?...
—Sí, Alvaro, la he leído — fué la respuesta. He leído eso y, no te ofendas, he hallé tan plagada de errores e imperfecciones que me convencí, a pesar mío, de que tú no tienes temperamento de escritor. Créeme que lo siento de verdad...

Creyó Toral que lo que acababa de hacer representaría el fin de su desdicha, que su amor propio daríase por satisfe-

cho; mas no fué así, aun no lo estaba. ¿Qué había hecho, en suma? Habiale dicho a Real que su novela era un desastre, que su autor no tenía el talento de un artista. Lo había ofendido y... ¡nada más! La obra no había sido leída, permanecía incólume. ¡Era bien triste su triunfo!... El amor propio del escritor reclamaba una victoria más airada: se hacía preciso que la novela fuese mala, necesariamente, de lo contrario la inferioridad de su propia obra frente a aquella quedaría en pie. Debía leer íntegro el manuscrito para ello, y esto significaba la vuelta a la tortura de la víspera. ¡Volver al dolor implacable!... Pero le precisó leer aquella, Tomó las cartillas y comenzó a leerlas, con la atención toda puesta a la caza de la más insignificante laguna. Agrandaba las órbitas y fijaba la vista tan exageradamente, que sus pupilas le quemaban como carbones encendidos. ¡Todo era inútil, se hallaba ante una obra de arte! Gemía, perdido en su descomunal desesperación.

Mas Toral era un artista, un verdadero artista, y sucedióle precisamente lo imposible para toda alma vulgar, para todo aquel a quien no guía una conciencia. Leyendo aquella obra de arte, el ar-

to a recibir un nuevo artista en su hermandad. Su conciencia de artista y de hombre salió de aquella lectura como de un baño de sol: ¡sana, pura, buena, veraz!... Era el hechizo, la obra de arte. ¡Ah!, sí todo artista tratara de producir una obra así; que arroje todos los espíritus la maldad, que el purifique, los limpie de toda suciedad!)

El espíritu de Toral vibraba de gozo, porque ya no sentía ningún mal pensamiento acerca de su amigo, era más amigo aún, pues le había hablado directamente al corazón. Con aquella experiencia — dolorosa como todas — avanzaba un poco más en el camino de su propia perfección. ¿Que con aquella obra Real

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

X
El Estado es una asociación en donde una parte de los miembros, bien organizados y apoyados en instituciones de violencia e hipocresía, gobierna a su antojo a la otra parte de la sociedad, mal organizada o completamente desorganizada. Disfrutando del poder coercitivo, apóyanse los gobiernos, no en el derecho, sino en la fuerza.

Todas las tentativas para justificar la existencia del gobierno carecen de base. Nos dicen que los hombres renuncian al derecho de organizar su propia vida, que los hombres no son capaces de mantener en su medio el orden y la paz y que de ello tiene que encargarse el gobierno. Hablar de paz y de orden en nuestros días, teniendo por delante la guerra mundial, provocada y mantenida por los gobiernos, es una cruel ironía. Únicamente los gobiernos pudieron crear este sangriento desorden, los horrores durante varios años. El desorden que dentro de la sociedad pudieran provocar los hombres aislados es una bicoica ante el sangriento desorden de las guerras provocadas por los gobiernos. Tampoco hay paz ni orden dentro de los Estados. La lucha en ellos es incansante: lucha de clases, de razas, religiones, etc. La guerra al exterior — este delirio sangriento de los gobernantes despóticos y democráticos — es un azote que castigará a la humanidad mientras existan gobiernos y desaparecerá cuando desaparezcan éstos. Únicamente con la desaparición de los gobiernos cesará el desorden de la lucha de clases.

Tampoco resiste a la crítica la afirmación de que el Estado es la unión de los hombres libres. Aunque en esta afirmación hubiese algo de verdad, aun entonces se vería que el Estado no es la única forma de unión semejante. Pero el caso es que el Estado es la unión de los esclavos y señores impuesta por la fuerza. Porque el rasgo característico de la esclavitud es el trabajo de unos hombres para otros, y los súbditos del Estado trabajan y pagan impuestos a los gobernantes. La masa obrera vive en los Estados en la miseria, y la miseria es la esclavitud. No es libre el que tiene que mendigar su trabajo al explotador. No son libres los soldados reclutados bajo la amenaza de castigos feroces. No hay libertad donde el orden de los gobernantes, sus leyes, rigen las condiciones de la vida de los hombres y su inviolabilidad personal.

Nos dicen que el gobierno no permite a unos hombres maltratar y ofender a otros, previene la actividad nociva de los criminales. Es una afirmación errónea: los gobiernos existen desde hace miles de años y no pudieron aniquilar, ni siquiera menguar la criminalidad—parto de estos gobiernos, su engendro. El gobierno, lo único que hace es castigar al delincuente. Y castiga tan ferocemente que bajo la influencia de esta ferocidad los hombres embrutecen y se hunden más en el crimen. El gobierno creó instituciones especiales para atormentar a los hombres y junto con criminales atormenta a hombres inocentes y nobles.

El gobierno es, ciertamente, la fuerza conciliadora en la lucha que los oprimi-

lo superaba como artista? ¡En buena hora! Vivir es superar, superarse a sí mismo, y ser superado; tengamos el valor de reconocernos superados, los que a nuestra vez quisimos superar. ¡Que nos superen, que nos superen! ¡Lodo sea quien nos supera!... Real había escrito una obra de arte, ¡bienvenida!... Toral descubrió en él un talento superior al propio, pues lo ayudaría, trabajarían juntos, serían dos soldados del arte por la Vida, por la Perfección.

Dichoso, radiante como nunca, corrió a casa de su amigo, a pedirle que lo perdonara; a darle la buena nueva y, al mismo tiempo, participarle que se había hecho más bueno, más perfecto.

El gobierno mata el sentimiento de solidaridad, anula la auto-actividad y convierte a gobernantes y gobernados. A esto se dedica constantemente. Sin embargo, las funciones vitales de la sociedad son creadas y mantenidas por ella misma, a pesar de la actividad disolvente del Estado. "La destrucción del gobierno, dice Malatesta, no significa ni puede significar la destrucción de los lazos sociales", desde que "la experiencia de muchas generaciones demostró al hombre que su seguridad y su bienestar son mayores cuando se une con más personas", por cuanto, "la cooperación, siendo siempre condición indispensable de la lucha ventajosa del hombre contra la naturaleza, es causa de unión constante entre los hombres y del desarrollo del sentimiento de simpatía entre ellos", ya que "en realidad, la parte más grande, más social de la vida de la sociedad se efectúa hasta hoy sin la intervención de los gobiernos. El gobierno interviene únicamente para explotar a las masas, defender los privilegios y sancionar todo aquello que se ejecuta sin él y hasta a pesar de él. Los hombres trabajan, entran en relaciones, estudian, viajan, observan a su deseo reglas de moral e higiene, disfrutan de los progresos de la ciencia, del arte, entablan entre sí las más distintas relaciones"... "En justicia, estas cosas en las que los gobiernos no se entrometen, se desenvuelven perfectamente, provocan el minimum de discordias y de tal modo concuerdan con los deseos de todos, que todos hallan en ellas beneficio y placer" (E. Malatesta).

Todo lo que el gobierno hace para la sociedad, todo eso se haría sin su intervención de un modo más benéfico o menos perjudicial para la sociedad. El gobierno introduce en todas partes su influencia corruptora, impone en todas partes su orden, su violencia, trata de crear en todas partes un apoyo para sí, una jerarquía, un privilegio.

XI

Se entiende que no son los gobernantes los que crearon las reglas que hicieron posibles la convivencia de los hombres. "El estudio científico de la evolución de las sociedades e instituciones humanas — dice Kropotkin — nos demuestra que los hábitos establecidos para el apoyo y la defensa mutua, para la conservación de la paz, que dieron la posibilidad a la humanidad de sobrevivir en la lucha por la existencia entre condiciones naturales muy penosas elaboráronse precisamente por las "masas" anónimas. Nos demuestra que los llamados dirigentes de la humanidad nada aportaron a la historia que no hubiera estado elaborado ya por el derecho del hábito, y que no tuvieron nunca más que una sola aspiración: la de destruir estas instituciones de derecho o de explotarse en beneficio propio".

ELISEO RECLUS

EL ARTE Y EL PUEBLO

A cerrar el Salón, uno de mis amigos, gran aficionado a las bellas cosas, llegome desolado. Había estado enfermo, mas después un viaje le había alejado de París; ahora llegaba demasiado tarde para visitar la Exposición, y he aquí que se lamentaba de no haber visto las multitudes de mármoles y pinturas, de las cuales le noticiaban revistas especiales.

¡Tranquílcese el caro compañero! Un paseo por los senderos del bosque, sobre las arrugadas hojas, o bien un minuto de reposo al borde de una fuente pura — si aun la hay a quince o veinte leguas del boulevard — lo consolarán de no haber podido visitar el palacio, donde todos los años son encerradas, temporalmente, lo que se llama las "bellas artes."

De ninguna manera quiero denigrarlo. En mi niñez siempre he admirado los prodigios de las ferias, las hermosas volatineras, los titiriteros en torio de los cuales se arremolinan los platos, los jugadores de manos que estropean los relojes cambiándoles en ramos de flores.

En el Salón continúa admirando ingenosamente como el último de los papanatas. Allí veo también artistas prestidigitadores que manipulan y mezclan los colores con una admirable destreza, que usan de mil maneras las sombras y la luz con matices completamente inesperados y consiguen hacer surgir de los fondos negros una luz atolondradora. Todo eso me parece verdaderamente muy hermoso, o más bien sorprendente, y yo aplaudo los talentos del pincel con toda sinceridad.

Y, no obstante, no estoy satisfecho. ¿Es eso el arte verdadero? ¿Encuentro en él la consolación de las pesadumbres, del tedio de la cotidiana existencia y de los profundos dolores que nos acompañan durante toda la vida? ¿Es que todos esos objetos pintados, esculpidos, grabados o bordados, pueden hacerme olvidar la sórdida miseria de fuera y la pesadumbre del polizonte armado que cerca la puerta o en la misma sala podrá apuntar su arma contra el pacífico ciudadano y romperle el cráneo? No, todo este arte polímero que acumula sus productos en las doradas salas que presta el Estado, no puede ser más que un arte falso, engañoso, porque no es la obra de un pueblo libre.

Lo esencial les falta a la mayoría de los que se han fatigado para darnos uno o varios metros cuadrados de esta decoración mural, no habiendo tenido el arranque natural y alegre que da la atrévvida independencia. En todo este fárrago, ¿qué de objetos atestiguan la sujeción moral, la caducidad y la vanidad del servilismo? Las imágenes de los falsos grandes hombres pululan tanto como las escenas de vicio y mil inmundicias que hubiera valido más dejar en las zahurdas. Al contacto de esta horrible tramoya, toda obra verdaderamente bella, queda profanada.

¡Ah! si los pintores y los escultores fuesen libres, no tendrían necesidad de encerrarse en los salones. Tendrían que reconstruir nuestras ciudades; demoliendo primeiramente esos innobles cubos de piedra donde se han amontonado los seres humanos en una horrorosa promiscuidad, pobres y ricos, mendigantes y fastuosos, famélicos y ahitos, víctimas y verdugos. Quemarían todas esas barracas de los misérrimos tiempos en un inmenso y delicioso fuego, y me imagino que, en el museo de las obras que se conservan, no dejarán gran cosa de las pretendidas obras de arte de nuestros días.

En nuestros tiempos de celosos monopolios, de propiedades estrechamente privadas y de división de trabajo sin tregua, en ocasiones de entusiasmo público se ven obras realmente bellas nacer de un movimiento de arranque popular. Tales fiestas, donde para nada intervino el funcionamiento, se hicieron con tan maravillosa alegría, con una cordialidad tan conmovedora, que se queda para siempre

arrebataados. Tal concierto improvisado, tal escena de teatro representada en un arranque de fraternidad, deja recuerdos imborrables, mientras que la memoria de las más fastuosas ceremonias no afecta más que a los alcaldes, a los cuales se decoró y a los bomberos que recibieron una propina.

Algunos hombres de buena, pero impetuosa, voluntad, tratan de conciliar lo inconciliable sin tocar las causas de desacuerdo. Ellos quisieran que el arte permaneciese sincero, estando sujeto en el artista a las necesidades de su sostén. No, lo "bello" y lo útil no pueden reconciliarse mientras los hombres están divididos. En nuestra sociedad, estando dividida en clases enemigas, el arte ha llegado a ser necesariamente falso, puesto que participa de los intereses hostiles. En los ricos se cambia en ostentación; en los pobres no puede ser más que imitación y engaño. Por otra parte, el dinero que los artistas han de procurarse ante todo, vicia lo que queda de arte en los unos y en los otros; en sus obras, la sinceridad y la naturalidad deben ceder el sitio a la habilidad y a la "magia", de la destreza. Ni la protección del gobierno, ni educación artística, ni museo de mañana y tarde, ni concursos, ni jueces, podrán cambiar nada. ¡Y la miseria! ¿Cómo puede llegar a ser artista un pueblo cuando los sufrimientos del hambre y de la enfermedad contraída lo afean?

"El principio del arte, dice Ruskin, consiste en volver al pueblo bello." Ha habido, sin duda, un arte en países donde de las personas no eran todas bellas, teniendo los labios gruesos y la piel negra — porque el sol las había mirado — pero jamás en un país donde los carrillos habianse vuelto pálidos por un miserable trabajo y una sombra mortal, y donde los labios de la juventud, en lugar de estar llenos de sangre, habian sido adelgazados por el hambre o deformados por el veneno.

"El arte es la vida", dice Juan Baffier, el obrero escultor que tanta pasión y goce ha puesto tallando en el mármol la noble y pura figura de la campesina, su madre, la de los valientes labradores y prudentes jardineros.

¡El Arte es la vida! Desde el momento que el trabajo apasiona, dando el goce, el obrero vuelve artista, quiere embellecer su obra, dándole un carácter de duración y de universalidad por la admiraación de todos. Aunque no fuera más que afilitero lo que hiciese, nos dice Diderot, necesariamente estaría enamorado de su oficio. El campesino desea que se venga de lejos para contemplar el surco derecho y de una profundidad igual que el de mano firme ha hecho trazando a sus bueyes. El arriero pone su gloria en bien mesurar el equilibrio de la carga sobre el animal y en adornarlo con bellas hilachas y pompones brillantes, salvo si la miseria no lo ha envilecido, privándole de su iniciativa; todo operario se procura útiles que sean, no solamente perfectos para el trabajo, sino también agradables a la vista, escogiendo el mismo la madera o el metal; empuñado y ajustado, lo ornamenta con diseños. Los mismos trabajadores cuya obra desaparece tan pronto queda hecha, como guadañeros, segadores y vendimiadores, no son menos artistas en su manera de manejar las herramientas y de derribar la faena, y pasados algunos años se refieren sus hazanas de rapidez y resistencia en el inmenso esfuerzo. Cada profesión tiene sus héroes, hasta en la sencilla vida de la aldea, constituyendo, por ella misma, un mundo completo, y cada uno de esos héroes encuentra poetas que perpetúan su fama, sobre todo durante las largas veladas de invierno, cuando las llamas danzantes y el chisporroteo hacen oscilar las figuras, ora acercándolas, ora alejándolas, dando a todas las cosas la impresión del misterio y de la intimidad. Es de estos humildes hogares de arte primitivo

de donde han salido nuestras epopeyas y nuestras arquitecturas! Y mientras queden de esos lugares pacíficos para el trabajo dichoso, nosotros tendremos esperanza. De esta célula inicial surgirá quizá la ciudad del porvenir.

No es solamente la restauración y el embellecimiento de nuestras ciudades que nosotros esperamos del hombre hecho artista, porque habrá llegado a ser libre; contamos también con él, porque renueve la belleza de la campiña, adaptando todas sus obras propias al ambiente natural de manera que de ella nazca entre la tierra y el hombre una armonía dulce a la uirada y reconfortante al espíritu.

Hasta los grandes edificios pueden ser admirables de bellezas cuando los constructores han comprendido el carácter del paraje cercano y la obra del hombre concuerda con el trabajo geológico de los siglos en un armonioso conjunto.

Pero hay pináculos que profanarían toda artista de momento y se sienta una impresión de verdadero disgusto cuando

algunos insolentes arquitectos, pagados por hoteleros sin vergüenza, contruyen enormes posadas, bloques rectangulares donde son inscritos mil rectángulos de ventanas simétricas y erizados de chimeneas ahumantes, y todo enfrente de picos soberbios de granito, de campos de imaculada nieve, de ríos de azulado hielo serpenteando en los valles de la montaña. Es así como los hombres han envilecido muchos paisajes grandiosos de Suiza y de otras comarcas; el amateur que se place del misterio de la naturaleza huye de los parajes que más admira; se aleja con repugnancia de la masa de los bodegueros y vocingleros que se precipitan al asalto de las rocas de Zermat y busca, apartándose, algún lugar que la moda no haya aún manecillado.

La Tierra es infinitamente bella; pero para asociarnos a su belleza, para glorificarla con un arte respetuoso, no hay otro medio más que llegar a ser libre, hacer la revolución decisiva contra el dinero, ennobliendo la "lucha de clases", aboliendo las mismas clases.

P. J. PROUDRON

P. J. Proudhon y la pensión Suard

Besançon, septiembre 16 de 1838. A. M. Ackermann.

Mi querido Ackermann:

Sus cartas tienen la virtud de refrescarme el alma y darme ánimos para luchar por la verdad y la fe republicana. De todos los que conozco, usted, hasta ahora, es el único que veo apasionarse por la justicia y la virtud e inflamarse de celo por la humanidad.

¡Soy más digno de lástima que Vd.! Hay aun — dice — espíritu, lumbreras, en esa capital; y yo, yo vivo entre una majada de carneros. He recibido las congratulaciones de más de doscientas personas; ¿por qué motivo, pensaré Vd., se me felicita? Porque ahora tengo casi la certeza, si lo quiero, de hacer fortuna y de participar en el consumo del pienso que constituyen los grandes puestos públicos y los sueldos importantes; de llegar a los hombres, a los puestos brillantes; de igualar, si no sobrepasar, a los Jouffroy, Pouillet, etc., etc. Nadie viene a decirme: "Proudhon, tú te debes, ante todo, a la causa de los pobres, a la liberación de los desheredados, a la instrucción del pueblo; tú serás, tal vez, abominado por los ricos y los poderosos; los que tienen la llave de la ciencia y de Plutón te maldecirán: prosigue tu ruta de reformador a través de las persecuciones, de la calumnia, del dolor y aun de la misma muerte. Cree en los puestos que se te han prometido; pero no vayas a preferir al martirio glorioso de un apóstol, los goces y las cadenas doradas de los esclavos."

"Serás vencido por las liscas, las seducciones del placer y la fortuna? ¡Tú, hijo del pueblo, filius fabri, como se decía antaño de Jesucristo, tú abdicarás tu conciencia, harás apostasia de tu fe para ser feliz a la manera de éstos y de aquéllos! Tus hermanos no quitan los ojos de tí; esperan con ansiedad saber si deberán muy pronto deplorar la caída y la traición de aquel que había jurado tanto ser: tu defensor; no tendrán jamás para recompensarte sino sus bendiciones; éstas valen más que los escudos contantes del poder. Sufre y muere, si es menester; pero dí la verdad y defiende la causa del huérfano."

Estoy agobiado por las vergonzosas exhortaciones de los que me rodean. ¡Qué furor por el bienestar material! ¡Qué epicureísmo abyecto veo por todas partes! Debo reflexionar antes de dejarme escapar una sola palabra de mis pensamientos. He adquirido la certeza de que mi profesión de fe hace que se me considere como un ciervo asombrado o por lo menos exaltado. Hago reír por aquí; pero no convengo a nadie. El materialismo está arraigado en las almas, el materialismo práctico, digo, pues no se tiene ya bastante espíritu para profesar el otro. Los gazmoños, por sus mo-

nerías, su ejemplo, su ignorancia, su fanatismo y su mala fe, entretejen cuanto pueden estas funestas disposiciones. La voluntad y la fe han sido proclamas, en todo tiempo, como los más grandes goces de la naturaleza y de la humanidad; tenemos fe en la justicia de nuestra causa, en la verdad de nuestros principios, en la eternidad de nuestros dogmas; ¿nos faltará la voluntad? ¿No daremos algún día el espectáculo nuevo de hombres convencidos e inextinguibles en su creencia, al mismo tiempo que resueltos y constantes en su empresa? Probemos que somos sinceros, que nuestra fe es ardiente y nuestro ejemplo cambiará la faz del mundo. La fe es contagiosa; ahora bien, no se espera, hoy en día, más que un símbolo, con un hombre que lo predique y crea en él.

Pauthier marchará siempre conoigo; es demasiado honor para mi nulidad y mi ignorancia; pero que se muestre republicano invencible, defensor implacable de la moral universal, enemigo del lujo y de la opulencia, y soy suyo en vida y muerte. Que llegue a ser lo más sabio que pueda; que descienda un día de las alturas de la ciencia, rodeado, como Moisés, de una aureola de gloria; pero que no olvide que hay aun otra misión que cumplir y que toda su doctrina debe ser considerada por él como sus letras de crédito. A ese precio tendrá toda mi admiración y todo mi amor.

He recibido con alegría noticias de todos los amigos; estoy pesaroso de que Haag no pueda llegar a colocarse a su gusto y siento que Bergman vuelva a Strasbourg.



ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.0—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.0—La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.0—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.0—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.0—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.0—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.0—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguirse?

8.0—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

9.0—¿Por qué se le atribuye a la tradición capitalista, en realidad la oposición o posición opuesta del individualismo. Es decir: el movimiento obrero, acción previa y rudimentaria, agrupación de debilidades frente a la fuerza del Estado dominador, hállase situado en la retaguardia del ideal del anarquismo, del que el individualismo es la vanguardia. El individualismo, situado más lejos, no puede ni debe retroceder hacia el embrión del que él es el cuerpo formado. Esto, como idealidad, sin perjuicio de que sus hombres, como explotados o impulsados por la solidaridad humana, apoyen y secunden la acción defensiva y ofensiva de las fuerzas proletarias.

10.0—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguirse?

Esta pregunta no puedo contestarla, porque no la entiendo.

La estimo, además, innecesaria. Nosotros debemos vivir de mañana y no de ayer. Y si con frecuencia volvemos los ojos al ayer nuestro, es porque este ayer, para el mundo, aun es mañana; es decir: tradición antitética de la vieja tradición histórica.

11.0—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Trabajo inútil, que los hombres del libre pensamiento y del ateísmo burgués ya han realizado. La leyenda bíblica ha sido suficientemente tratada como obra de uno o varios autores, que cándidamente quisieron explicar el origen del mundo, situándolo cuando éste tenía ya muchos miles de años, en contradicción flagrante y continua con la lógica y las leyes orgánicas del mundo. La leyenda bíblica es ya una cosa sobradamente probada y discutida, de cuya ridícula absurdidad han querido desembarazarse hasta las mismas eminencias de la iglesia.

No creo, por tanto, que debamos emplear nuestro tiempo en esta labor ya hecha ayer nuestro, es porque este ayer, para el mundo, aun es mañana; es decir: tradición antitética de la vieja tradición histórica.

Barcelona, 1926.

Respuesta de Federica Montseny

(Conclusión)

40. ¿Qué orientación debe darse a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?

Esta pregunta sería más ampliamente contestada por pedagogos que no por quien sólo por afición, y en horas de ocio ha estudiado la enseñanza y se ha complacido en comunicar lo poco que sabe.

Sin embargo, considero que a los niños no es posible darles orientación alguna, que su emancipación es obra de los años y no de las orientaciones que les demos. La vida señala una época y un límite para cada cosa, una aspiración para cada edad.

La emancipación infantil es, por lo tanto, un absurdo. Debemos, creo yo, ser los mayores los que preparemos el camino de su emancipación, para que a su vez ellos preparen el de sus hijos. El alma del niño, incompleta y frágil, no formula ni debe formular ideas alejadas de su rudimentarismo, de sus concepciones embrionarias. Los años, su desarrollo físico y psíquico, van formando su edificio moral con los conocimientos y las sensaciones adquiridos. Según sean éstos y éstas, así será el hombre y así será su emancipación futura. Orientación no debe darse otra que el libre y pleno desarrollo de la vida.

Todas las orientaciones deben encajarse dentro de esta palabra: vida. Vida plena, vida libre, vida sana. Si la sociedad presenta dificultades al disfrute de esta vida, a la que se ha enseñado a aspirar al niño, pero no como orientación, sino como simple consecuencia de su naturaleza; si la sociedad presenta dificultades, repito, al disfrute de esta vida, el niño comprenderá que la causa es social y se dedicará a destruirla. Su emancipación, por lo tanto, no depende de ellos ni de nosotros, directamente: depende de la sociedad, en primer término. A ella, pues, hay que atacar.

50. ¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte, en América y en Europa, para saturar más el ambiente del anarquismo?

Estimo que el arte no puede saturar el ambiente de anarquismo. Para ello tendría que hacer un arte anarquista, y este arte no existe. La pregunta quizá ha sido formulada a la inversa. Es decir: ¿cómo saturar de anarquismo el arte, para que éste sature a su vez al ambiente?

El arte es manifestación libre e instintiva de la naturaleza. El arte, sentimiento o sensación, no razonamiento, está, naturalmente, alejado de toda secta. No puede, por tanto, saturar de anarquismo al ambiente. No debemos saturarlo de anarquismo tampoco, sino devolverle su primigenia fuerza creadora, su estético y libre concepto de la vida, su amor a la belleza y a la armonía. El arte, en cualquiera de sus manifestaciones, ha de estar al servicio de la vida y de la naturaleza, no de una idealidad.

Sin embargo, el arte, en manos de un genio rebelde e inquieto, puede ser un magnífico instrumento de crítica social; lo ha sido positivamente en manos de un Rodin, de un Steinlen, de un Zola, de un Renan, de un Wagner. El arte, con una orientación naturalista y demoleadora, de crítica de la sociedad y de esbozo estético de una Vida y de una Arteza libres y sanas, puede ayudar, en mucho, por medio de su influencia, sobre la mente y las sensaciones de los hombres, al triunfo de un ideal, dentro del que encuentran pleno desenvolvimiento esa Vida y esa Belleza que él ha de sintetizar y a que ha de aspirar.

60. ¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero actualmente?

Empiezo por exponer la opinión que en el movimiento obrero para nada se conocen las tendencias individualistas. Si se preguntara: ¿qué concepto merecen las tendencias individualistas en el anarquismo? a ello podríamos contestar, exponiendo cada uno nuestro punto de vista, francamente aprobador unos, e impugnador otros.

Pero en el movimiento obrero muy poco o nada tienen qué hacer las tendencias individualistas. El movimiento obrero es, precisa y lógicamente, la antitesis del individualismo. La asociación obrera contra la acción explotadora del capital es, algo simple y sencillo, un resultado instintivo de la explotación, en el que ninguna resonancia ha encontrado el individualismo, ya que éste representa una posición avanzada del anarquismo, su última consecuencia presente, con vistas a la sociedad futura, posición superior y muy distante del rudimentarismo de la protesta obrera.

En el movimiento obrero, tal como lo concebimos en España, que es tal como lo concebió Bakunin al crearlo, agrúpanse los hombres más como explotados que como anarquistas, sin que por eso se olvide la acción de propaganda dentro de las masas neutras, que son la que en realidad representan el verdadero movimiento proletario. Para esta acción fueron creados los grupos anarquistas. Sólo dentro de estos grupos pueden ser discutidas las tendencias individualistas, cuya situación lógica es el anarquismo como idealidad de especie y no como acción de clase.

El individualismo representa, a mi entender, un superior y más elevado concepto del hombre. Hablo del individualismo como exaltación y dignificación de la personalidad humana, como libre y seguro reconocimiento de la plena independencia y capacidad del individuo, único individualismo que yo concibo y que creo digno de recibir el nombre de tal. Este individualismo, última consecuencia presente del anarquismo, repito, ha de desarrollarse precisamente al margen de la lucha obrera, que, por sus especiales condiciones de agrupamiento contra la en-

Respuesta de Artemio Minerva

10. Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo internacional contra la reacción autoritaria.

Pensando en el apartado 10. de la Encuesta, acude a nuestra mente una pregunta, que estimamos primordial para la mejor evacuación de la cuestión:

—¿Qué se entiende por anarquismo? Esta interrogante que se abre ante nosotros, con profundidades poco menos que de abismo, nos obliga moralmente a deslindar los criterios ideológicos que el anarquismo inspira por ahí, discutiendo para ello, sobre los mismos y sus representantes.

Porque precisa, singularmente, esclarecer las ideas anarquistas, distinguiéndolas de las diversas acepciones que las confunden.

Extraídas del río revuelto en que están sumergidas, conviene sentar sus fundamentos básicos y mostrarlas al proletariado y al mundo entero — que se asomara a verlas desde el balcón de sus tímidas curiosidades — tales como son, sin bastardas mixtificaciones.

Deseamos, pues, demostrar a los pueblos la verdad de las ideas anarquistas, con todas sus inflexibilidades y reciedades subversivas. Es absurdo querer hacer ver a las muchedumbres y hasta a nuestros enemigos declarados, la fingida armonía anarquista. Las convergencias de conceptos y la cordialidad individual entre nosotros son un hecho y una realidad hiperbólicas, nominales, de palabra. No hay tales afinidades. No puede haberlas. Es imposible. Toda esa seudoliteratura de los loros del anarquismo está hecha a fuerza de huecas palabras, de palabrería insípida e insubstancial, de charlatanería profesional, empuñada en el forzamiento de las cosas, en el desvirtuamiento de los procesos de diferenciación social; más aun: de intelectual bifurcación y dispersión. Y en ese envenamiento de la moral, enconado de hipocresía y jesuitismo, disfrazado de análogas aspiraciones teóricas, no queremos caer nosotros, por amor que tenemos a la anarquía.

¡Lejos, sí, lejos de nosotros la monománía unionista!

El anarquismo de unidad, que tanto en Europa como en América conocemos, es la manifestación incolora, gris, de una tendencia anfibiológica, plagada de corrupciones, que se propone amalgamar sus

sociedades, sus aberraciones, sus amorfos resabios de grosero y espurio burguesismo revolucionario, con la honestidad, la limpieza, la higiene del alma y las resplandecientes concepciones libres y naturales del anarquismo integral.

Enlazar esas antitéticas interpretaciones ideológicas y segar la desigual germinación de las ideas, impidiendo que fructifiquen separadamente y en campos propios del anarquismo y el libertarismo ecléctico, sedicentemente anarquista, es cómo hace: una soldadura de lo bueno y lo malo con materiales repelentes y de composiciones químicas absolutamente negativas y contrarias.

No hay, no, compatibilidad alguna entre el falso anarquismo dúctil, transigente, contemporizador, y el anarquismo auténtico, inexorable en las prácticas de sus principios destructores.

La unificación de los esfuerzos anárquicos es un señuelo para cazar incautos y engañar a los cándidos y voluntariosos — que siempre los hay — de la anarquía. A los camaradas conscientes, conocedores del anarquismo, no consiguen seducirlos los del sentido responsabilista. No existiendo, pues, el anarquismo como factor de convergencia y concentración de voluntades, y estando dispersados los elementos que de ser anarquistas se vanaglorian... Es un decir eso de que se enorgullecen. Llama a mi memoria un recuerdo típico. Una autoridad procesal o judicial pregunta a un detenido, militante libertario en España, de marcada significación: "¿Es usted anarquista?" "Sí — dice muy meticulosamente el interpelado, agregando con acentos y ademanes de Mommo — pero no se lo diga usted a nadie, porque me avergüenza de serlo."

Como contraste — y dispensadme estas digresiones — al ser igualmente interrogado otro camarada, éste replica, más que dice: "¡y lo seré siempre!". Rigurosamente verídicos ambos casos. Y vaya una aclaración, por sí vale. De los dos camaradas... el fiero defensor de sus fueros es cultísimo, más inteligente e intelectual que el otro, y con ninguno de ellos comulgamos.

... Es de todo punto imprescindible y fuertemente necesaria la clasificación anarquista. Se impone por razones de profilaxis.

Con toda urgencia hemos de reclamar de los buenos que se lleve a cabo una selección que expurgue nuestro seno de las malas orientaciones y, si preciso fuera, a los mismos que las imprimen con

sus desaciertos impenitentes, incorregibles.

El Hombre — el hombre anarquista — es el único de esos elementos cósmicos que oye, ve y tiene conciencia de su elevada misión. El debe imponerse la norma de conducta que tenga la saludable virtud de acabar con el maremágnum libertario. Con sus revoluciones canalizará el anarquismo por la honda y amplia torrentera de sus corrientes impetuosas, bravías y tradicionales.

¿Innovaciones en el anarquismo? En buena hora sean. Tráiganlas los tiempos y los hombres; las deseamos y aceptaremos. Pero han de ser renovaciones de más alto valor que nuestro Ideal! Sólo las rechazaremos. No admitimos aportaciones de juicios manidos y viejos, a fuerza de ser conceptos desprendidos del legendario árbol del estatismo, el estacionamiento, el odio secular.

La anarquía, afirmamos, no puede confundirse con las elucubraciones metafísicas de los súperhombres. Ella jamás penetrará en el Olimpo, desde cuyos castillos de celuloide — al parecer de marfil — lanzan sus rayos tonantes los secuaces de Júpiter, enfurecidos contra la muchedumbre humana que arrastra sus miserias, sus dolores e ignorancia, por el planeta Tierra. ¡Que, por fortuna, los dioses moran muy plácidamente en el Empíreo y no tienen jurisdicción alguna sobre la Humanidad desde que Luzbel y sus compañeros hicieron estallar la sublime rebelión de los Angeles!

Igualmente, la anarquía no tiene nada de común — ¡triste es decirlo! — con aquellos otros que descienden a los resbaladizos terrenos de la violencia sistemática. Son gentes que no se elevan — que es lo más exacto del término — de las exacerbadas pasiones morbosas, fáciles instrumentos de todos los hipocóndricos excesos de la voluntad enfermiza. ¡Pobres entes, hipotrofiados por las hinchazones del revolucionarismo sin objetivo, ora desinflado en hechos personales, otra colectivos!

Frente, pues, a esos dos antiquísimos monumentos, cuya grandeza (?) perpetúa la mediocridad y la pedantería, y que simbolizan — así, simbolizan — el infame mal del pecado original, introducido en el movimiento anarquista por los escribas traidores de la Revolución Social, y que tanto se asemejan, no obstante sus aparentes y supuestos orígenes y antagonismos, la anarquía debe erigir su propia estatua productora. En luciente mármol obrero debemos esculpir a los anarquistas, animándola con el soplo vital de las humanas palpitaciones, y haciéndola vibrar en su bella escultura con las pulsaciones más rebeldes del alma inquieta en acción.

Esbozado lo que entendemos, a nuestro juicio, por anarquismo militante, trazados, lo mejor posible, sus rasgos más esenciales, pasaremos a ocuparnos de los "problemas actuales del anarquismo".

Quisiéramos discurrir lo más acertadamente que fuera menester, al objeto de hacernos comprensibles para el mayor número de compañeros, que han de leer y estudiar, con sumo interés, cuánto en esta feliz encuesta se diga.

En nuestras manifestaciones vamos a poner serenidad, porque la delicadeza del asunto nos impone esa reconcentración a que induce lo grave — grave por su elevación doctrinaria.

La emoción nos brota en nuestros sentimientos, y raudalmente fluye, cordial para las ideas, por los perfiles de la pluma. Quisiéramos, por eso, contagiar a los demás con nuestro arroboamiento anárquico. Antes de penetrar más en el fondo del asunto, deseamos dejar constancia y hacer hincapié respecto de lo que debe ser — y en parte es ya — el ideal anarquista. Es nuestro más ferviente anhelo verlo purificado de las malsanas contexturas, en él dotadas por los liberticidas salidos de la hornada anarco-posibilista-energúmena-intelectual (la conjunción no es intrascendente por lo pequeña), cocida al fuego marxista de la estrangulada revolución rusa.

Alrededor de esta cuestión se ha creado un problema pavoroso para el anarquismo activo, problema no menos actual y candente que los restantes problemas, que permanecen latentes en la raíz cúbica del régimen capitalista. Uno y otros exigen una extracción inmediata del cuadrado, con procedimientos netamente revolucionarios, sin que por ello nos que-

ramos convertir, ni mucho me os, en demagógicos y voceros de la Revolución.

Hacemos nuestra, desde luego, la calificación que a ese respecto hizo el llorado Ricardo Mella.

Comenzaremos, pues, desde ahora la disertación sobre el problema o los problemas actuales del anarquismo, haciendo abstracción u olvido de nuestras colectivas depuraciones internas, pues que ya hemos remarcado el imperativo categórico de la conciencia ética, que lo subordina todo a su imprescindencia.

Tracemos ya el cuadro de los problemas que afectan al anarquismo, colocado frente a frente de la sociedad burguesa, y hagámoslo con mano segura y pulso firme, dominando completamente nuestra nerviosidad. Son muchas las cuestiones que llaman nuestra atención.

El anarquismo, para ser consecuente consigo mismo, no puede mirar la realidad de esta hora, tan parecida a otras historias, de una manera anecdótica, meramente superficial, como un hojearamiento de calendario social.

Conceptuar, pues, de únicos estos aciagos momentos, llevaría implícito, para el ideal anarquista, el propio desdoblamiento de su personalidad, esencialmente doctrinaria y no menos vivamente rebelde. ¡Y ante todo, sus valores intrínsecos, sus diafanidades! No se puede, no, olvidar el pasado de nuestras insurgencias contra todo y contra todos — de lo divino y de lo humano — y mucho menos hacer a la espera del futuro, que tan risueña y esperanzadoramente acaricia el anarquismo — porque le pertenece — para vaciarnos ideológicamente hoy en un método angosto, extraño y hostil, de esfuerzos tendientes a la solución momentánea de los males actuales que nos agobian. Esta adaptación rompería nuestras siempre nuevas tablas y realizaría, *ipso facto*, la más bella conculcación de los principios fundamentales del ideal anarquista, además de anularlo como positiva expresión de profundas y completas transformaciones sociales. ¡Error, error de toda la vida! Y eso, ¡nunca! ¡nunca!

Por lo demás, el anarquismo sabe, y a tal fin ajusta sus actuaciones, que el presente técnico, industrialista, centralizador y ordenado — llamémosle como se quiera, siempre representará explotación y tiranía — es una lógica evolución mecánica del pasado bárbaramente feudal y absoluto en que el señor de herca y cuchillo era dueño despótico de personas y haciendas.

Hoy es una reminiscencia de ayer, y será una proyección de futuro imperfecto, de desastroso porvenir, sino se lo cerna por la propia base, derrocándolo y extrayéndole los cimientos en que se asienta.

Y para la plasmación, en tal sentido, de su obra disolvente, la anarquía tiene muy en cuenta los factores complejos que apuntalan y sostienen el actual estado de servilismo y abyección.

El hombre — piensa la anarquía con el ceceo de sus forjadores — es un producto moral y hasta animal, del medio en que se desarrolla. Nuestro sabio camarada Réclus, se afanó en vida por demostrar a los hombres que quisieran estudiar sus gradiosas obras, que los ambientes geográficos y colectivos ejercen decisiva influencia en la formación general del ente humano.

La ciencia moderna, y con ella el anarquismo — diría el no menos inteligente camarada Kropotkin — está descubriendo el soberano influjo que las condiciones climatéricas y sociales reflejan sobre el individuo, su misterio o fenómeno natural, juntamente favorecido con la maleabilidad del medio tradicionalmente político.

Y estos progresos psicoanalíticos se operan en valiente contraposición a las escuelas teológicoautoritarias, que afirman la solemne tontura del libre albedrío, ubicándolo en las determinaciones personales, obrando por el individuo con la voluntad absoluta de hacer o no hacer.

El anarquismo, racionalmente pensando y sintiendo, ni admite el sentido de responsabilidad penal para el hombre ni se deja dominar por las trasnaciones humanas, no obstante reconocer la acción histórica de las traslaciones absorbentes e infinitas, que juegan con el hombre y lo mueven, por sobre su voluntad casi siempre, en virtud de la preponderancia de los factores externos sobre la subjetividad humana.

Efectivamente, para las teorías deterministas del anarquismo, el género racional a que pertenecemos es consecuencia de los medios étnicos, familiares, morales o religiosos, sociales, etc. que nos constriñen.

En este tren de consideraciones, la labor anarquista tiende a apartar a los seres hermanos de unos medios asazmente nefastos, substrayéndolos de las enrarecidas atmósferas de la educación milenaria, que conforma y atrofia la capacidad intelectual y paraliza y estanca, en privilegiadas fórmulas, la voluntad.

Así, pues, para el ideal anarquista, es un problema de los más ardorosos — por no decir el que merece mayor preferencia: — la agitación, la lucha, la propaganda demoleadora, la divulgación y vulgarización — obsérvese que decimos vulgarización — de su ética racionalista, al fin y objeto de cautivar espiritualmente el alma de la especie humana, hoy desviada por el capitalismo moral y materialmente anodino, rampón y pérfido.

En este trascendental caso, el anarquismo debe ser como agua imantada, que marque los polos de los nuevos horizontes ideológicos. El ha de ser fuerza de persuasión y de conquista, que facilite la atracción de la raza, poseyéndola con varonil sentimiento y orientándola hacia la anarquía.

He aquí, primero, por qué la siembra de ideas a manos llenas, sobre las sementeras de la vida: la profusa difusión de la ética anarquista por todas partes, y el movimiento revolucionario acratizado, estructurándolo allí donde la base es más sólida e indestructible, o sea en los predios en que se ha amamantado siempre de elementos vigorosamente nutridos: el pueblo productor es el mayor, y único en su clase, de los problemas que compete resolver a los anarquistas.

Esta enunciación del problema trae ligadas, íntimamente anexas, ramificaciones que se dividen en diferentes direcciones.

Pudiéramos llamarlas definiciones concretas o características particulares, que formando el conjunto anárquico, conservan sus especialidades intersubordinadas.

Un ejemplo, o una figura, se nos ocurre presentar, para ser más claros, en nuestra divagación (?) teórica:

Una célula anarquista se mueve con dependencia de otra, y así sucesivamente obedece todas a un mismo ritmo de acción. Todas las células, pues, tienen un rotación propia alrededor de la misión encomendada, impulsadas por el eje de una misma energía dinámica, y al funcionar en el cuerpo anarquista, lo hacen impelidas al movimiento por la impulsión reflexiva, consciente y deliberada de las circunvoluciones doctrinales. Accionamos aquí, nos movemos allá y actuamos acullá, al conjuero de una indivisible vocación: el ideal movente, que oprime el resorte de las potencias circulatorias. Y entonces éstas se desparrraman como las aguas abundantes y prolíficas, eternamente renovadoras, de un manantial cristalino.

Especifiquemos. Es un problema hacer la crítica, enérgica y contumaz, de los orígenes y estamentos del régimen de propiedad privada, principio de autoridad, religión en inmoralidad.

Otro problema es crear la organización eficiente y adecuada, de resistente solidificación y consistencia, que sea el grandioso receptáculo solidario al cual vayan a parar los opimos frutos que cosechemos en nuestras labores francamente anarquistas. El será también el inexpugnable baluarte de nuestra defensa revolucionaria y la zona edificada de donde partamos para nuestras acometidas insurreccionales, poseídos de vibrante rebelión.

Estos dos problemas los reputamos de mayor importancia y significación que los que nos quedan por plantear.

Para nosotros, dichas cuestiones son como de un deber y derecho de enseñanza elemental y primaria, cuyas lecciones despiertan la inteligencia y predisponen la mente para una superior asimilación y comprensión de las cosas.

Educación que además es connatural a una nutrición fisicomoral, que dé vigor al sujeto y le ensanche su capacidad de resistencia.

(Quizá sea un tanto impropio y algo débil el símil, pero no se nos ocurre otro más exacto en este momento).

Entremos, pues, a clasificar el vario

cometido anarquista. En primer lugar, aposentado, ocupando el hombre un orden de prelación, está, como productor, catalogado en el didactismo de nuestra conciencia anarquista.

Es, por tanto, casi indiscutible la cuestión ya planteada y que tantas controversias suscita, de trasladar nuestra convivencia anárquica al movimiento obrero de acción directa.

Razones merece nuestro concepto, y las daremos ampliamente en la respuesta al apartado tercero del cuestionario.

Porque creando nuestra organización proletaria y anarquista — y, a tal objeto, lógico es que bajemos de nuestras torres de supina ignorancia — tenemos realizada la mitad de la obra que nos proponemos construir. Hemos, sí, de abrazar al proletariado, arrancándolo de falsos poderes y sumándolo a nuestras coordinaciones en una asociación pródiga en posibilidades idealistas y que nos ponga en posesión de los eficaces procedimientos generales que ofrece el campo obrero.

Hagamos nuestros colaboradores a los proletarios, despertándoles ardientes simpatías por nuestras concepciones, identificándonos con ellos — que somos nosotros mismos — y con quienes nunca debimos irreconciliarnos. En una palabra: vamos a fundir — no soldar — las aspiraciones proletarias con nuestras ansias emancipadoras de productores. Y esto ya no es un problema en España, Italia, Sud América y otros países, donde el anarquismo tiene su imborrable huella.

(Continuará)

BIBLIOGRAFIA

F. Orlando Rossi. — *Sombras vivas*, novela enterrriana. 122 págs. Ed. Tor, Buenos Aires.

Número Único, a la memoria de Pedro Esteve, Tampa, Florida (Estados Unidos), 14 de septiembre de 1926.

La Batalla, semanario, México, D. F. Apartado 1056. Es el órgano actual del movimiento anarquista en México. A partir del número 5 se imprime en talleres propios.

Repertorio Americano, números 9 al 12. Semanario de cultura hispánica. Tomo XIII, San José de Costa Rica.

Gazzetta medica italo-argentina, Nápoles, junio de 1926.

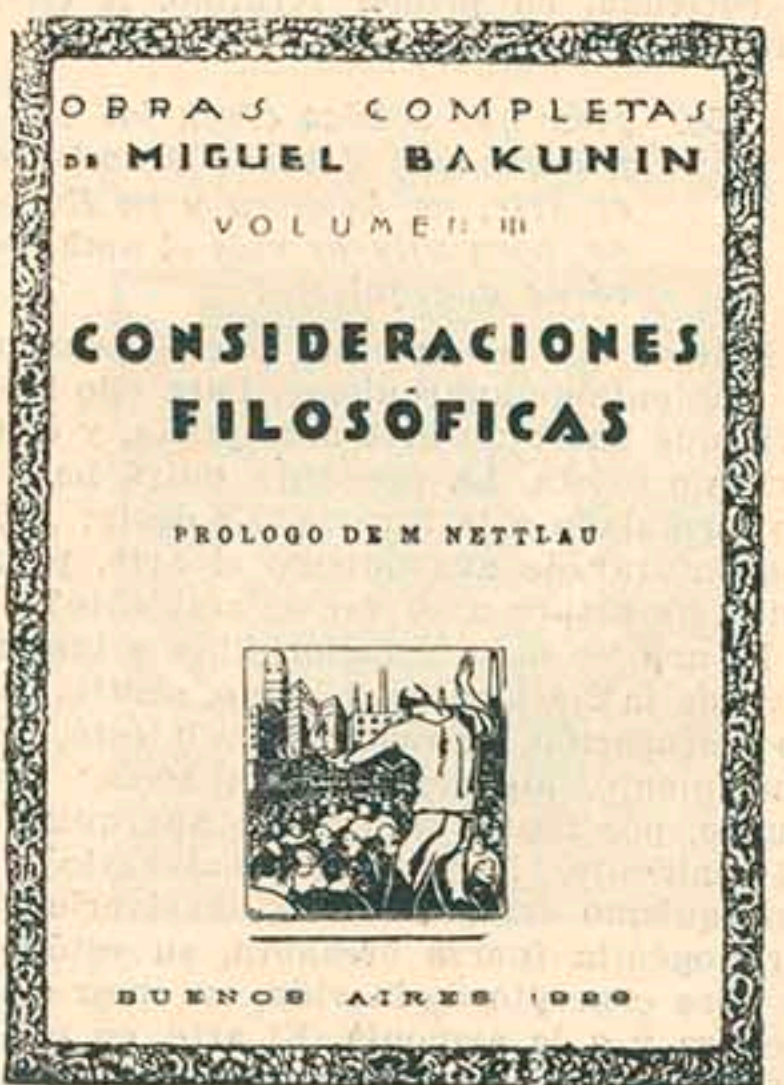
Official Bulletin of the Sacco-Vanzetti Defense Committee, Boston, septiembre de 1926.

Revista del Centro estudiantes de la Escuela Industrial de la nación, Buenos Aires, septiembre de 1926.

El Auto Argentino, septiembre de 1926, Buenos Aires.

Cruz Roja Argentina, revista oficial, septiembre de 1926, Buenos Aires.

ACABA DE APARECER



Un tomo de 850 páginas, \$ 1.50